

Trabajo Fin de Grado

Las Vísperas Sicilianas. La llave del Mediterráneo

Autor

Rubén Escorihuela Martínez

Director

Mario Lafuente Gómez

Universidad de Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras
2014

LAS VÍSPERAS SICILIANAS.

LA LLAVE DEL MEDITERRÁNEO

Autor: Escorihuela Martínez, Rubén

Director: Lafuente Gómez, Mario

Universidad de Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras, 2014

Departamento de Historia Medieval, Ciencias y Técnicas Historiográficas y Estudios Árabes e Islámicos,
Área de Historia Medieval

Graduado en Historia



Resumen

A lo largo de los siglos, la historia ha sido protagonista de numerosos ejemplos de levantamientos e insurrecciones que, sin embargo, en la gran mayoría de los casos no han dejado de ser simples anécdotas, siendo rápidamente controladas, reprimidas y olvidadas. Tal vez ése era el destino que se auguraba al levantamiento siciliano de 1282, no obstante, fue mucho más allá. El episodio de las Vísperas Sicilianas creó un nuevo equilibrio político y de fuerzas en aquel Mediterráneo de finales del siglo XIII, en donde la Corona de Aragón se erigía como la nueva potencia.

El objetivo de este Trabajo de Fin de Grado es analizar los principales acontecimientos, y sus consecuencias, que derivaron de la intervención aragonesa tras las Vísperas Sicilianas.

Palabras clave: Vísperas Sicilianas, Corona de Aragón, Sicilia, Edad Media, Historia Política, Guerra, Nobleza.

Abstract

Throughout the centuries, history has been featured in numerous examples of uprising and insurrections that, however, in the great majority of cases have not stopped being simple anecdotes, being rapidly controlled, repressed and forgotten. Maybe that was the destination that was predicted to the Sicilian uprising in 1282. Nevertheless, it was far beyond. The episode of the Sicilian Vespers created a new balance of power and forces in that Mediterranean of ends of the 13th century, where the Crown of Aragon was erected as the new power.

The aim of this Work of End of Degree is to analyze the principal events, and his consequences, that derived from the Aragonese intervention after the Sicilian Vespers.

Key words: Sicilian Vespers, Crown of Aragon, Sicily, Middle Ages, Political History, War, Nobility.

ÍNDICE

	Pág.
0. Introducción:	4
I. Justificación del trabajo	4
II. Estado de la cuestión	4
III. Objetivos.....	8
IV. Metodología aplicada	9
1. Desarrollo analítico:	10
I. Antecedentes:.....	10
i. Sicilia, encrucijada de conquistadores.....	10
ii. Aragón ante el reto del Mediterráneo	14
II. Desarrollo del conflicto	20
i. Preparativos de la expedición a Sicilia (1280-1282)	20
ii. Vísperas Sicilianas.....	27
iii. La guerra se extiende (1282-1285). Aragón en varios frentes	34
a. Intervención aragonesa en Sicilia	34
b. Excomunión, entredicho y deposición de Pedro III	37
c. Unión aragonesa y Privilegio General (1283)	38
d. Cruzada contra la Corona de Aragón (1285).....	40
iv. Sicilia bajo la Casa de Aragón (1285-1302).....	42
III. Implicación aragonesa en Sicilia:	47
i. La Casa de Luna, un linaje aragonés en tierras sicilianas	47
2. Conclusiones	52
3. Bibliografía	58
4. Anexos:	
1) Anexo I: Casa de Aragón y dinastía Hohenstaufen	60
2) Anexo II: Mapa de las principales campañas en Nápoles-Sicilia.....	61
3) Anexo III: Expedición a Sicilia 1298-1299	62

0. Introducción

I. Justificación del trabajo

Hace cerca de cinco años, por casualidad, como ocurre tantas veces en la vida, encontré en la Biblioteca Pública de Zaragoza una de las primeras ediciones traducidas al castellano de la obra *Las Vísperas Sicilianas* de Sir Steven Runciman. Su lectura fácil, su tono novelesco, pero de gran rigurosidad histórica, y el contenido vibrante de sus líneas, pronto me atraparon, convirtiéndose tanto el autor como el tema en una de mis referencias históricas preferidas. Por aquel entonces todavía no había iniciado mi andadura académica en la Historia, es más, todavía ni siquiera se planteaba en el horizonte, sin embargo, su lectura y las que siguieron promovidas por ella me abrieron un nuevo mundo del que ya no me he vuelto a separar. Es por ello, por lo que significó para mí ese primer encuentro, por lo que ahora me encuentro redactando estas líneas.

El propósito de este trabajo va más allá de un simple reconocimiento a la época o un elogio a aquella obra que me permitió adquirir nuevos conocimientos e inquietudes, es una reivindicación, si se me permite, de un episodio de la Historia de Aragón, el de las Vísperas Sicilianas, que tan olvidado se encuentra para la historiografía nacional e internacional de las últimas décadas. La falta de estudios recientes sobre el tema, la escasa renovación historiográfica que ha experimentado y las importantísimas consecuencias que tuvo para el ulterior desarrollo de la Corona de Aragón, es lo que me incitó a escoger el episodio de las Vísperas como línea principal del Trabajo de Fin de Grado.

II. Estado de la cuestión

Para elaborar este apartado me serviré de las reflexiones historiográficas que encierra la obra *La Corona de Aragón en el Mediterráneo Medieval (1229-1479)* de Jesús Lalinde Abadía, al sintetizar perfectamente la situación historiográfica de los principales estudios realizados en el último siglo y medio acerca de la expansión aragonesa en el Mediterráneo.¹

¹ Para el análisis de este bloque, Lalinde Abadía, Jesús, *La Corona de Aragón en el mediterráneo medieval (1229-1479)*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 1979, pp. 51-57 y 263-265

Nacionalmente, el estudio de la expansión mediterránea de la Corona de Aragón es tratado, sobre todo, por italianos y españoles, en su condición de descendientes de ocupados y ocupantes; por franceses, en cuanto descendientes de los principales rivales de los españoles; y, finalmente, por alemanes y anglosajones, tanto ingleses como norteamericanos, en su condición de hispanistas. Mientras que la limitación geográfica en el tratamiento de los temas es mayor en los italianos que en los españoles, pues en éstos es más frecuente el interés por la expansión total.

Dentro de la historiografía española es donde apreciamos una de las principales diferencias y uno de los primeros puntos de debate. La catalana tiende a considerar la expansión como una empresa gloriosa que corresponde casi en exclusividad a los catalanes, relegando a valencianos y mallorquines a un segundo plano y minimizando el aporte aragonés como subsidiario y superfluo que, por otra parte, tímidamente es defendido por los historiadores de este origen. Asimismo, en cuanto a los castellanos y españoles, no catalanes, incluidos algunos aragoneses, o se muestran fríos con la empresa si la consideran catalana, o la exaltan si la consideran española o, en todo caso, aragonesa.

El principal fondo documental lo constituye el Archivo de la Corona de Aragón, al que complementan eficazmente los archivos estatales y municipales de las principales ciudades de la Italia aragonesa, como Cagliari, Palermo o Nápoles, y de la Italia rival, como Pisa, Génova o Milán. La obra más valiosa de la historiografía moderna son los *Anales de la Corona de Aragón* de Jerónimo Zurita, que constituirán hasta el momento presente la base fundamental para historiar la expansión político-militar de Aragón. Al mismo tiempo, el propio Zurita se servirá para la elaboración de su magna obra de la amplia labor de los cronistas Bernat Desclot y Ramón Muntaner, coetáneos a los hechos de los que se ocupa el presente trabajo.

El estilo cancilleresco de Desclot confirió a su obra un aire de objetividad, compatible con su propósito de glorificar a los reyes de Aragón; mientras que la participación activa y en primera persona de Ramón Muntaner en muchos de los

acontecimientos que narra, le permitió enriquecer en gran medida su Crónica, dándole un estilo apasionado e intimista contrario al de Desclot.²

Por otra parte, en el lado siciliano la expansión aragonesa suministró material para la actividad de sus cronistas, sobresaliendo como grandes crónicas el *Chronicon Siculum*, de 1282 a 1337, obra de Nicolás Sueciele; el *Chronicon Siculum*, del siglo XI hasta 1345, obra de un anónimo palermitano, y la *Historia Sicula*, de 1337 a 1361, obra de Miguel de Piazza.³

Dentro de las historias generales, la expansión mediterránea de la Corona de Aragón ocupa el máximo espacio en las de Cataluña, o en las de España, pero escrita por catalanes. Las primeras arrancan con Antonio Bofarull y Brocá, pasando por Rovira i Virgili y Jaume Vincs Vives, y, acabando, con Ferran Soldevila⁴, uno de los grandes historiadores de la expansión.

El intenso tratamiento positivista que ha recibido el tema de la expansión mediterránea de la Corona de Aragón no ha sido posible, sino en virtud de una cierta revolución ideológica, cuyos comienzos pueden situarse, en 1907, con la aparición del Instituto de Estudios Catalanes. La atención a la expansión mediterránea comienza a competir con la atención a la expansión peninsular, todavía más fuerte en los historiadores como el aragonés Andrés Giménez Soler y aún el mismo Soldevila.

Las Vísperas Sicilianas señalan el paso de la Sicilia angevina a la Sicilia aragonesa y han atraído fuertemente la atención de los historiadores, principalmente italianos y alemanes, en tanto los españoles parecen haberlas considerado como acontecimiento algo ajeno. Su estudio arranca, hacia 1876, del italiano Miguel Amari⁵, el cual dedica gran atención a la persona de Juan de Prócida, figura ya biografiada por Buscemi, en 1836. Para Amari, hombre del *Risorgimiento*, las Vísperas son un levantamiento espontáneo del pueblo, encontrando ya un contradictor en Sanesi, hacia

² *Ibidem*, p. 265

³ *Ibidem*, p. 263

⁴ Soldevila, Ferran, *Jaume I, Pere el Gran*, Barcelona, Vicens-Vives, 1965

⁵ Amari, Michele, *La guerra del Vespro Siciliano*, Palermo, Flaccovio Editore, 1969

1890. En 1904, el alemán Otto Cartellieri participó de la tesis de la espontaneidad del movimiento, si bien con menos apasionamiento que Amari. Sin embargo, la historiografía alemana se decanta cada vez más por considerar las Vísperas como el resultado de una conjura o alianza entre Pedro III y los nobles sicilianos fieles a la dinastía suaba, destacando en esa dirección a Helena Wieruszowski⁶, quien trabajó, sobre todo, con material del ACA. Por último en relación a las Vísperas, dentro de la historiografía anglosajona destacamos a Steven Runciman⁷, autor, en 1958, de una lograda síntesis de las Vísperas Sicilianas y sus consecuencias.

Por otra parte, la ocupación aragonesa subsiguiente a las Vísperas es tema que ha monopolizado la escuela alemana a través de Rhode y de Haberkern; mientras que la separación de Sicilia respecto de Nápoles ha dividido a la historiografía italiana del *Risorgimiento*, siendo positiva para los demócratas, como Amari, y negativa para los moderados, como Balbo, Sacerdoti o Palmieri.

En la segunda mitad de siglo XX, uno de los historiadores de conjunto más destacado fue Francesco Giunta, que, en 1953, elaboró una verdadera Historia de las relaciones internacionales en Sicilia durante el periodo de 1285 a 1416; siendo autor de diversas síntesis, como la de 1961 sobre la Sicilia angevino-aragonesa, en la que predomina el aspecto político-diplomático, o la de 1962, sobre la Sicilia española, en la que los cinco primeros capítulos versan sobre el periodo aragonés. Al respecto, también destaca la labor historiográfica de Tramontanta.

En cuanto a la figura de Pedro III, fue ampliamente estudiada por Soldevila y, más recientemente, por Stefano M. Cingolani; mientras que la vida inicial de la Sicilia aragonesa, pero autónoma, fue estudiada por Bozzo, en 1882, al que intentó completar Siragusa, en 1890. En un marco más actual, destacan los estudios de Pietro Corrao⁸ sobre la Sicilia aragonesa.

⁶ Wieruskowski, Helena, *Conjuraciones y alianzas políticas del rey Pedro de Aragón contra Carlos de Anjou antes de las Vísperas Sicilianas*, Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo 107 (1935), pp. 547-602.

⁷ Runciman, Steven, *Vísperas Sicilianas: Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*, Madrid, Alianza, 1979

⁸ Corrao, Pietro, *L'aristocrazia militare del primo Trecento: fra dominio e politica*, in *Federico III d'Aragona, re di Sicilia (1296-1337)*, “Archivio Storico Siciliano”, s. IV, XXIII (1997), pp. 81-108

III. Objetivos

El eje temático que ocupará nuestra atención será el desarrollo de los principales acontecimientos, y sus consecuencias internas y externas para la Corona de Aragón, que derivaron de la intervención de Pedro III tras el episodio de las Vísperas Sicilianas. A lo largo del trabajo, desarrollaremos el periodo de la Historia de la Corona de Aragón que abarca desde los preparativos de la expedición siciliana (1282) hasta los acuerdos de la paz de Caltabellota (1302), haciendo énfasis en los principales escenarios del conflicto que enfrentó a Aragón con Francia, el Papado y Nápoles, sus puntos de entendimiento y fricción y, sobre todo, las importantes repercusiones que trajo para el futuro de la Corona. Asimismo, interés aparte tendrá la demostración de la presencia de la nobleza aragonesa, representada en el trabajo por la Casa de Luna, durante el primer periodo de la ocupación de Sicilia bajo la Casa de Aragón (1282-1302). La finalidad de este punto radica en evidenciar, a pesar de lo que afirma un sector concreto de la historiografía, que el componente aragonés tuvo presencia y protagonismo propio en la expansión mediterránea de la Corona de Aragón.

El carácter del trabajo es principalmente político-militar, no por ello descuidando aquellos aspectos sociales, económicos y comerciales que directamente intervinieron en la evolución de los acontecimientos previamente explicados. En su desarrollo, el trabajo queda organizado en dos grandes bloques; un primer bloque que sirve de guión y en donde se procede al desarrollo analítico del mismo: antecedentes sículo-aragoneses, desarrollo del conflicto e intervención aragonesa en Sicilia; y un segundo bloque en donde se procede a analizar las consecuencias directas e indirectas que provocaron en la Corona de Aragón los acontecimientos derivados de las Vísperas Sicilianas.

IV. Metodología aplicada

La elaboración del presente trabajo parte de un primer análisis crítico de las principales obras de referencia sobre el periodo escogido. La importancia fundamental de las crónicas contemporáneas a los hechos, es completada con una rigurosa lectura de las principales fuentes secundarias que han tratado las Vísperas Sicilianas, la intervención aragonesa y su posterior expansión por el Mediterráneo. Sin embargo, toda lectura se antoja vacía si no hay una serie de preguntas, dudas y planteamientos que se proyectan sobre el tema en cuestión. A partir de aquí, de las hipótesis y las formulaciones lanzadas sobre el trasfondo de esos acontecimientos que se desarrollaron en el lapso de tiempo que abarcó de 1282 a 1302 y que comprende el principal cuerpo del trabajo, nuestro razonamiento parte de una argumentación de tipo político: el conflicto declarado en Sicilia, la intervención de Pedro III y la respuesta angevina; para después profundizar en las intensas repercusiones internas y externas que se desencadenaron en la Corona de Aragón y marcaron su devenir histórico.

Estas observaciones que acabamos de señalar, han de ser completadas con un trabajo de síntesis y reflexión que parte de la conjugación de la lectura de los principales pasajes que nos proporciona la historiografía especializada en el tema y de la respuesta a esas preguntas expuestas en un primer momento.

1. Desarrollo analítico

I. Antecedentes

i. Sicilia, encrucijada de conquistadores⁹

La muerte del emperador Federico II de Hohenstaufen, en 1250, marcaba el ocaso del Sacro Imperio Romano Germánico como principal fuerza política en la Europa medieval y como freno natural al auge de la teocracia papal. Con la muerte del emperador, su hijo Conrado IV sumaba a su título de rey de romanos el reino de Sicilia, que por aquel entonces integraba tanto Nápoles como Sicilia, y continuaba la política de su padre de consolidar los dominios imperiales en la Península Italiana y, en concreto, en Sicilia, verdadera manzana de la discordia. Sin embargo, su prematura muerte, en 1254, le impidió consolidar sus posesiones de la Italia meridional frente al creciente poder de una Santa Sede que buscaba beneficiarse del vacío de poder que había dejado la muerte del carismático Federico II.

Desde los primeros tiempos de presencia suaba en Italia con la llegada a Sicilia del emperador Enrique VI, padre de Federico II e hijo de Federico I Barbarroja –éste ultimo uno de los principales defensores de la preeminencia del Imperio frente al Papado-, la Santa Sede había visto con recelo, precaución y temor los peligros que podría entrañar para el trono de San Pedro una fuerza tan poderosa como la del Sacro Imperio, que a sus posesiones en Nápoles y Sicilia, y a las del propio imperio en sí mismo, se debía sumar la enorme presencia e influencia que poseía en el norte y centro de Italia en torno al partido gibelino, opuesto al partido güelfo del Papa, cuyos enfrentamientos seculares alteraron el rumbo de muchas de las principales ciudades italianas a lo largo de buena parte de la Edad Media. Por ello, por la amenaza que suponía que quedasen rodeados los Estados Pontificios bajo los dominios imperiales de los Hohenstaufen, el principal objetivo que se marcó el Papado fue desplazar al Imperio de Italia y, en su lugar, situar a un rey afín a Roma.

⁹ Para la elaboración de este bloque la obra de referencia es, Runciman, Steven, *Vísperas Sicilianas: Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*, Madrid, Alianza, 1979, capítulos I-VIII

Los enfrentamientos entre pontífices y emperadores no eran algo nuevo y debemos remontarnos al Papa Gregorio VII y al emperador Enrique IV para entender de dónde provenía esa lucha enconada entre ambos poderes.

En 1075, Gregorio VII publicó el *Dictatus Papae*, todo un ideario político-religioso y una declaración de intenciones que expresaba como debían ser las relaciones del Pontífice con relación a los poderes temporales y en donde afirmaba la superioridad del primero sobre los segundos, en especial frente al Sacro Imperio, cuyo emperador quedaría supeditado al Papado. Comenzaba el enfrentamiento entre los poderes universales y su lucha por lograr el *Dominium Mundi*; que se vio agravada con la denominada *Querella de las investiduras* iniciada también por Gregorio VII.

Así las cosas, en 1254, Manfredo, hijo ilegítimo de Federico II y hermanastro de Conrado IV, asumía la regencia de Sicilia en nombre de Conrado, hijo de Conrado IV y de tan sólo dos años. Sin embargo, cuatro años después, en 1258, y tras hacer correr el rumor de la muerte del joven heredero, Manfredo asumía el poder como rey de Sicilia, siendo coronado el 10 de agosto en Palermo. No obstante, poco importaba a Roma si era uno u otro el rey, pues seguían siendo miembros de la dinastía Hohenstaufen y eso suponía algo inadmisible para los intereses pontificios.

Con Manfredo en el trono la guerra estalló de nuevo. Los Papas Inocencio IV, Alejandro IV y Urbano IV, mantuvieron con firmeza su oposición a la Casa de Suabia y a la dinastía de los Hohenstaufen. Mientras, las principales potencias europeas del siglo XIII se limitaron a ser meros espectadores de la secular rivalidad entre Imperio y Papado.

La Santa Sede, convencida de que no podía subsistir como poder temporal en una Italia dominada por el Imperio, buscó la ayuda de Francia. Urbano IV, con la intención de acabar con la dominación suaba, decidió ofrecer la corona del doble reino de Sicilia al rey de Francia Luis IX o, en su defecto, a alguno de sus hijos. Sin embargo, San Luis, no queriéndose mezclar en la particular lucha entre emperadores y pontífices, rechazó el ofrecimiento, reparando finalmente la corona en Carlos de Anjou, su

hermano, quien la aceptó sin objeciones¹⁰. Será esta investidura lo que otorgue fuerza ideológica a la conquista angevina, que de por sí no tenía ningún derecho sobre la Italia meridional, perteneciendo “de iure” y “de facto” a los Hohenstaufen.

No tardó Italia en atraer los ambiciosos sueños de poder y expansión de Carlos de Anjou. Al frente de una poderosa hueste, el angevino acudió al llamamiento de Urbano IV, entrando en la Península Itálica para combatir a los últimos Staufen: Manfredo, primero, Conradino, después.

Carlos era conde de Anjou y de Provenza y a partir de entonces no dejaría de ser el brazo armado de la Santa Sede. Pronto su presencia se dejó notar en la Italia del norte, en donde, como jefe del partido güelfo, fue reconocido como señor de importantes ciudades italianas como Florencia, Turín, Cremona, Parma, Ancona, Rímini, Módena, Mantua, Ferrara o Milán. Mientras la influencia de Carlos se extendía en el norte, Manfredo, ya excomulgado por Alejandro IV, organizaba una coalición gibelina en la Italia central, derrotando a varios líderes güelfos. Sin embargo, su posición política cada vez era más frágil a la vez que aumentaba la de su rival.

El primer paso tuvo lugar en 1263, cuando Urbano IV le ofreció a Carlos la corona del doble reino de Nápoles y Sicilia (*Sicilia citra et ultra pharum*) para que lo conquistase y lo rigiese como feudatario de la Iglesia; y el segundo, en febrero de 1265, cuando Clemente IV ratificó la concesión. Tras ello, y a la cabeza de un ejército franco-provenzal, Carlos de Anjou entró en Roma, donde se le declaró rey (junio de 1265), prestando juramento de fidelidad y homenaje a la Santa Sede y obligándose, además, a no aceptar el Imperio, ni Lombardía, ni Toscana.¹¹ Acto seguido, con todo a su favor, Carlos marchó hacia Nápoles en busca de su nuevo reino.

Tras unos primeros enfrentamientos de resultado incierto, la batalla final tuvo lugar en Benevento, el 26 de febrero de 1266, donde Manfredo resultó derrotado y

¹⁰ Muntaner, Ramón, *Crónica catalana de Ramón Muntaner: texto original y traducción castellana, acompañada de numerosas notas por Antonio de Bofarull*, Barcelona, Imprenta de Jaime Jesús, 1860, Capítulo XXXIII.

¹¹ Soroa y Pineda, Manuel, *Historia del reinado de Don Pedro III el Grande de Aragón y de los orígenes de la penetración aragonesa en Italia*, Zaragoza, El Justicia de Aragón, 2000, p. 169

muerto por las tropas franco-anjевinas. No obstante, todavía quedaba un último obstáculo por sortear, Conradino.

El joven Conradino, de tan sólo 16 años, había permanecido en tierras imperiales bajo la tutela del duque Luis II de Baviera, quien ayudó a su sobrino, primero a fortalecerse en su ducado de Suabia, y, segundo, a ejercer sus derechos al título de rey de romanos, aunque en esto último sin éxito. Con la muerte de Manfredo, Conradino, apoyado por otros príncipes alemanes y figuras prominentes del bando gibelino, decidió hacer efectivo su derecho al reino de Sicilia.¹²

El enfrentamiento llegó en la batalla de Tagliacozzo de 1268, resultando en una nueva victoria para Carlos. Conradino logró escapar con vida, pero poco después fue apresado y, tras una parodia de juicio, decapitado, el 29 de octubre de 1268, en la Plaza del Mercado de Nápoles. Muerto el último de los Hohenstaufen, todo parecía indicar que la Santa Sede por fin vería cumplidos sus sueños.

Sin embargo, la Historia nos recuerda que nunca se puede dar nada por cerrado. Es llegado a este punto cuando la historia y la leyenda se mezclan para dejarnos uno de los episodios más simbólicos del conflicto.

Momentos antes de su ejecución, Conradino, ante la atenta mirada de la muchedumbre congregada, se despojó de uno de sus guantes y lo lanzó entre el aterrado gentío. El guante, que lo recogió un caballero partidario de la víctima, fue sacado de Italia y, como una verdadera reliquia, transportado a España, en cuyos reinos ceñía la corona real un hombre casado con la hija mayor de Manfredo, el vencido en Benevento. Aquel monarca por nombre Pedro III, recogió la muda protesta del ajusticiado y, consciente de los derechos de su esposa, hizo suya la lucha.¹³ El secular enfrentamiento entre el Papado y el Imperio tenía un nuevo protagonista: Aragón.

¹² Crónica catalana de Ramón Muntaner..., op. cit., Cap. XXXV

¹³ Historia del reinado de Don Pedro III el Grande de Aragón y de los orígenes..., op. cit., p.170

ii. Aragón ante el reto del Mediterráneo

Los precedentes a la expansión aragonesa por el Mediterráneo, cuyo primer éxito fue la ocupación del reino de Sicilia, los encontramos en la política de Jaime I el Conquistador.

Históricamente, la expansión siempre ha servido como válvula de escape a las tensiones internas, sobre todo de la nobleza, ávida de nuevos señoríos que incrementasen sus rentas. Por ello, para conjurar los problemas internos que encuentra Jaime I desde el comienzo de su reinado, proyecta la expansión de la Corona de Aragón a través de dos vías: las baleares, teniendo en la conquista de Mallorca su principal hito, y el reino de Valencia, salida natural a la expansión peninsular. No obstante, este proyecto no estará exento de inconvenientes, principalmente en lo referente a la conquista del reino de Mallorca y a la oposición a ésta de la nobleza aragonesa, quien veía cómo el monarca primaba los intereses comerciales de la burguesía y de la nobleza catalanas, deseosas de ampliar sus rutas comerciales y señoríos respectivamente.

Finalmente, Mallorca es conquistada entre finales de 1229 y 1230, se consigue el vasallaje de Menorca (1231) y se conquista Ibiza (1235). Sin embargo, la completa conquista de las islas debe posponerse ante la necesidad de conquistar Valencia, dada la presión de la nobleza aragonesa, que de hecho ya había iniciado la conquista del reino valenciano por su cuenta y con bastante éxito en su parte más septentrional. La conquista completa del reino de Valencia se concluye en 1238, momento en el cual la Corona de Aragón puede dar por finalizada su expansión territorial por la Península Ibérica, a excepción de los enfrentamientos que se producirán con Castilla por la anexión del reino de Murcia y que se alargarán hasta el reinado de Jaime II.

Cerrada la expansión peninsular y cortada la ultrapirenaica, a la Corona de Aragón sólo le quedaba abrirse a ultramar. De esta manera, se proyecta un ambicioso programa mediterráneo que podemos dar como inicio en 1262; fecha en la que tenía lugar el matrimonio entre el infante Pedro, hijo del Conquistador, y Constanza, hija del rey de Sicilia Manfredo. Con este enlace, el futuro Pedro III se convertía en el máximo valedor de la causa imperial en Italia, a la vez que inaugura un clima de inquietud en el resto de potencias implicadas en el conflicto, a saber: Francia, los Anjou y el Papado.

El siglo XIII se presenta como un punto de inflexión en la Historia de la Corona de Aragón. Al comenzar su andadura por el Mediterráneo, Aragón deja de estar circunscrito en episodios que afectan únicamente a la Península Ibérica y a su secular lucha contra los poderes musulmanes, para hacer acto de presencia en el ámbito europeo. Aragón comienza a adquirir una identidad propia en el panorama internacional de su tiempo que le lleva a rivalizar con las principales potencias del momento y a invertir el equilibrio de poderes en el Mediterráneo occidental, cambiando el curso de su historia.

Uno de los primeros historiadores que situaron en Jaime I el embrión de la proyección mediterránea de Pedro III, fue Ferran Soldevila¹⁴. La política del Conquistador y de sus sucesores, se presenta ante la atención europea con plena conciencia de las posibilidades de desarrollo de su joven poderío y de la función que puede desarrollar entre las demás fuerzas políticas implicadas en el Mediterráneo. Jaime I será quien cree las bases indispensables para el posterior expansionismo aragonés de los siglos posteriores. En su política interna, el desarrollo de la flota, que tan importante se presenta para el futuro de la Corona, tendrá un papel destacado, produciéndose las primeras conquistas en ultramar.

La política exterior de Jaime I logra proyectar a la Corona de Aragón a la esfera internacional, permitiendo su consolidación y afirmación frente a otras potencias europeas. Hablamos de una política que, según Francesco Giunta¹⁵, se caracterizaría por la audacia y la prudencia, dependiendo de la coyuntura y los intereses del momento.

Tras la conquista del archipiélago balear, la Corona de Aragón se presentaba como una nueva fuerza político-económica que debía integrarse en el juego de intereses del resto de potencias mediterráneas. A su vez, el ascenso de Aragón coincide con la fase descendente de la potencia suaba en Italia, con el duelo entre Génova y Pisa por el predominio del Mediterráneo occidental y con la lucha entre Génova y Venecia por el control del Levante. En este periodo, dos nuevas potencias se disputaron el control del Mediterráneo: Francia y Aragón.

¹⁴ Soldevila, Ferran, *Jaume I, Pere el Gran*, Barcelona, Vicens-Vives, 1965

¹⁵ Giunta, Francisco, *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*, Barcelona, Editorial Ariel, 1989

El origen de la rivalidad entre Aragón y Francia se encuentra en la disputa por el dominio de aquellos señoríos que se extienden al otro lado de los Pirineos, hacia Languedoc, a través del condado de Toulouse, hacia Provenza. Aragón, desde tiempos de Alfonso II, mantenía fuertes vínculos de parentesco con los señores de la zona; hecho que llevó a Jaime I a buscar una expansión por dicha región. Sin embargo, toda esperanza de expansionismo ultrapirenaico fue cercenada con la firma del tratado de Corbeil (11 de mayo de 1258), entre Luis IX de Francia y Jaime I de Aragón, donde a cambio de ilusorios derechos de Francia sobre determinados condados de la antigua Marca Hispánica, Aragón cedía derechos bien sólidos sobre señoríos del Midi francés con los que históricamente tenía lazos de sangre, conservando, únicamente, el señorío de Montpellier.

Asimismo, otro tratado, esta vez el de Almizra (26 de marzo de 1244), que fijaba los límites entre las Coronas de Aragón y Castilla, suprimía la tradicional expansión de la Corona de Aragón en la Península Ibérica. A lo que había que sumar la imposibilidad de extenderse también hacia el vecino reino de Navarra, bajo la esfera de Francia, una vez que se firmaron los espousales entre la joven heredera Juana, hija del fallecido Enrique I de Navarra, y el príncipe heredero francés, el futuro Felipe IV el Hermoso.

No obstante, las ambiciones de Aragón no quedarían anuladas tan pronto. Si bien Jaime I se había mostrado débil en Almizra y en Corbeil, dejando claras sus intenciones de evitar un enfrentamiento directo con Castilla y Francia, a la vez fijaba sus miras sobre Sicilia, segunda etapa, tras las Baleares, en la «ruta de las islas». Era el momento de que la Casa de Aragón de resarcirse, ganando el reino de Sicilia y asentando las bases para la posterior expansión por el Mediterráneo occidental.

El Mediterráneo era la única salida viable si la Corona de Aragón no quería languidecer en la Península y eso lo sabía muy bien Jaime I, quien trazó un itinerario a sus sucesores que partía exclusivamente del mar. Pensando en el Mediterráneo, planeó el matrimonio del infante Pedro y fijó sus miradas en Italia, en concreto en Sicilia. Señalado el rumbo y fijada la meta, no correspondió al Conquistador recorrerlo, pero en su haber hay que poner la designación de la futura expansión de la Corona de Aragón.

En esta coyuntura, Jaime I planeó un matrimonio audaz para el heredero. Según Muntaner, “de muchas partes le proponían muchos y honrosos matrimonios de hijos de emperadores y reyes”, pero, y aquí debemos seguir a Desclot¹⁶, hacia el año 1259 un monarca perteneciente a la casa imperial de los Hohenstaufen le sacó de dudas. Hablamos de Manfredo, rey de Sicilia y Nápoles, más bien “de facto” que “de iure”, pero rey a fin de cuentas.

Jaime I conocía muy bien la situación de Manfredo: excomulgado, enfrentado con la Santa Sede y con un reino que había sido ofrecido a media Europa: Ricardo de Cornualles, rey de romanos; Edmundo de Lancaster, hijo de Enrique III de Inglaterra; Luis IX de Francia; y, finalmente, Carlos de Anjou. Entonces, ¿por qué jugar la baza de emparentar a la Corona de Aragón con un monarca excomulgado y cuyo reino estaba a subasta? ¿Por qué arriesgarse a un rechazo de las principales potencias del momento y a la animadversión del Papado? ¿Acaso Jaime I supo ver una oportunidad donde otros veían sólo problemas? Seguramente no podamos dar respuesta a estas y otras preguntas, sin embargo, si miramos el transcurso de los acontecimientos, Jaime I supo tener en la cuestión siciliana la ambición y la amplitud de miras que le faltó en Almizra (1244) y Corbeil (1258).

Las relaciones de la Corona de Aragón con la dinastía suaba de los Hohesnstaufen se remontan a los comienzos del siglo XIII cuando, en 1209, tuvo lugar el matrimonio entre el futuro emperador Federico II y Constanza, hermana del rey Pedro II de Aragón. Años después, tras la muerte del emperador, la Casa de Aragón se vinculaba de nuevo con la Casa de Suabia al celebrarse, en Montpellier, el 13 de junio 1262, el enlace entre el infante Pedro, hijo de Jaime I de Aragón, y la infanta Constanza, hija del rey Manfredo y nieta de Federico II.

Las nupcias trajeron malestar e incertidumbre a buena parte de la realeza europea. Alfonso X el Sabio, como aspirante a la corona imperial, veía en el futuro Pedro III un peligroso competidor. Mientras que Luis IX de Francia incluso amenazó

¹⁶ Cingolani, Stefano Maria, *Historiografía, propaganda i comunicació al segle XIII. Bernat Desclot i les dues redaccions de la seva Crònica*, Barcelona, Institut d’Estudis Catalans, 2006

con hacer fracasar el matrimonio que se había concertado entre su primogénito Felipe y la infanta Isabel de Aragón.

Ante tal descontento generalizado, Jaime I salió del paso manifestando que el matrimonio de Pedro con Constanza no implicaba terciar en la contienda de Italia, que no tomaría posición a favor de Manfredo, no ocultaba proyectos hostiles contra Francia y, menos aún, no suponía una posición frente a los derechos de la Roma papal. San Luis de Francia acabó por dar su asentimiento y un mes antes de la boda entre el infante Pedro y la infanta Constanza, el 28 de mayo de 1262, tenía lugar el casamiento de Isabel, hija de Jaime I, y Felipe, infante heredero de Francia. De este modo, el rey de Aragón lograba imponer su presencia y su política a las potencias occidentales de su tiempo, pero sin perjudicar la ulterior supervivencia de la Corona.

El enlace con Constanza, hija de un rey excomulgado como lo era Manfredo y en abierta hostilidad con el Papado y los Anjou, podría haber supuesto un movimiento de doble filo, ya que podría haber causado más daño que beneficio a Aragón si los castigos impuestos a los Staufen de Sicilia se hubieran trasladado sobre la Corona de Aragón. Sin embargo, Jaime I supo actuar de manera que el parentesco con los suabos no se convirtiese en un inconveniente, sino en una ventaja: el infante Pedro se convertía en el heredero de la tradición suaba en Italia y daba a Aragón un nuevo escenario de expansión y nuevas rutas comerciales con las que desarrollar su incipiente comercio ultramarino.

Con esta unión y tras las derrotas de Benevento (1266) y Tagliacozzo (1268), la Casa de Aragón, unida a la de los Hohenstaufen a través de Constanza, recogía el guante de la tradición suaba en Italia y esperaba su momento para intervenir.

El propósito de Pedro III era defender el derecho de su esposa Constanza sobre los territorios en los que había reinado su padre: Nápoles y Sicilia. Con esta idea, descabellada si observamos la disparidad de fuerzas y el poder de sus rivales: Anjou, Francia y el Papado, Pedro tomaba el testigo de su padre y sus presuntos planes de expansión. A dichos planes hay que sumar el evidente interés de su esposa por vengar a su difunto padre y recuperar sus derechos sobre la isla, y la influencia del foco gibelino que se había concentrado en torno a la Corte aragonesa y cuyos principales exponentes

fueron Juan de Prócida, Conrado Lanza y Roger de Lauria, quienes pronto asumieron cargos de relevancia dentro de la Corona e iniciaron –sobre todo en el caso de Prócida– los primeros contactos con la nobleza disidente siciliana y con los principales rivales de Carlos de Anjou.

II. Desarrollo del conflicto

i. Preparativos de la expedición a Sicilia (1280-1282)

Los orígenes de nuestra historia se remontan al enlace nupcial entre el infante Pedro y la princesa Constanza, no obstante, tenemos que avanzar dos décadas en el tiempo, hasta 1280-1282, cuando en los puertos del litoral catalán se empieza a trabajar apresuradamente en la construcción de una armada que estuviera a la altura de las ambiciones que aguardaba Pedro III desde hacía años.

Si finalmente se decidía a intervenir en Sicilia, se necesitaba confirmar todos los preparativos, tanto diplomáticos como militares, requeridos para el éxito de la expedición. El enemigo, Carlos de Anjou, rey de Nápoles y Sicilia y conde de Anjou y Provenza, era uno de los monarcas más poderosos de su tiempo; vencedor de dos batallas campales (Benevento y Tagliacozzo) y conquistador de un doble reino, el angevino, además, contaba con el importante soporte económico e ideológico del Papado y con la ayuda, si fuera necesaria, de su sobrino el rey de Francia Felipe III.

Por todo ello, Pedro III comienza con gran celo y cuidado los preparativos político-militares para asegurarse, por un lado, la alianza o neutralidad de algunos de sus poderosos vecinos, y, por el otro, para disponer de una armada con la que cumplir sus expectativas. Mientras, en Sicilia se desataban los acontecimientos el 30 de marzo de 1282; el levantamiento del pueblo siciliano ante la opresión de los angevinos inauguraba las Vísperas Sicilianas y el final de la presencia de la Casa de Anjou en la isla. Era el momento de la intervención aragonesa.

Dentro de los preparativos diplomáticos, encontramos las entrevistas de Pedro III con Felipe III de Francia (Tolosa, septiembre de 1280) y con Alfonso X el Sabio (Campillo, 27 de marzo de 1281). Muntaner, Desclot y Zurita coinciden en dar una especial importancia a los hechos, narrando los pormenores de ambos encuentros. El objetivo principal sería asegurar la defensa occidental y norte de la Corona de Aragón mientras Pedro III estuviese fuera de sus dominios. Asimismo, es de destacar que para garantizar la neutralidad de ambas potencias, Pedro III contaba con una baza especial, los infantes de la Cerda, quienes reclamaban derechos al trono castellano en detrimento

del futuro Sancho IV de Castilla y que se encontraban en Játiva en poder del aragonés. Igualmente, la labor diplomática de Aragón continuó con los desposorios, en 1282, entre la infanta Isabel y Dionisio I de Portugal, y con los contactos habidos con Eduardo I de Inglaterra y con el emperador Rodolfo de Habsburgo.

Desde antes del comienzo de su reinado, en 1276, Pedro III había iniciado en Cataluña y Valencia la construcción de una escuadra, que no sólo fuese inferior a las de Génova y Venecia, dueñas del Mediterráneo junto con Pisa, sino que llegase a sobrepujarlas y hacerse, con ellas, la primera potencia naval de dicho mar. La marina inicia con Jaime I su lento ascenso; se libera progresivamente de la dependencia de los navíos de las repúblicas marítimas italianas y comienzan a alcanzar su autonomía. Sin embargo, en la víspera de la empresa siciliana su organización todavía no era del todo satisfactoria: la flota aún estaba en vías de construcción.

A la altura de 1282, la preocupación por el estado de la armada será algo habitual en Pedro III. Las naves de gran tamaño o galeras eran escasas y la flota aragonesa estaba lejos, por volumen de navíos, a las de sus principales rivales: Anjou, Francia y Génova. Para la ocupación de Sicilia se armaron sólo veintidós galeras y cuatro taridas (además de embarcaciones menores y de transporte); una flota, a priori, inadecuada para un objetivo de tal envergadura.¹⁷

A pesar de todo, entre los meses de abril y mayo de 1282 se convocó las huestes en Tortosa, desde donde se dirigirían a Port Fangós (*Crónica, Cap. XLVIII*), lugar en donde se había concentrado la armada. Entre “naves, leños, galeras, taridas”¹⁸ y buques de transporte, eran “más de 150 velas”¹⁹, bajo el mando, más honorario que efectivo, de Jaime Pérez, señor de Segorbe e hijo fuera del matrimonio del rey. La gente de armas, si seguimos la Crónica de Muntaner, capítulo XLVI, sumaba “veinte mil almogávares, todos de la frontera, y más de ocho mil caballeros montañeses, sin contar mil caballeros, todos de solar distinguido, y los sirvientes de mesnada”, sin embargo, se cree que no sería tan numerosa y que se acercaría más a la utilizada en la conquista de Mallorca: unos 800-1000 caballeros y 10000-12000 almogávares. El mismo monarca iba a bordo,

¹⁷ *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo..., op. cit.*, p. 40

¹⁸ *Crónica catalana de Ramón Muntaner..., op. cit.*, Cap. XLIV

¹⁹ *Ibidem*, Cap. XLIX

como jefe natural de la expedición. El mando efectivo lo ejercía, como vice-almirante, Ramón Marquet, y a sus inmediatas órdenes estaban Berenguer Mallol y Pedro de Queralt.

Si atendemos a lo reducido del tamaño de la armada aragonesa, podríamos pensar que la expedición de Pedro III se hubiera detenido en África, si no se hubiera dado el episodio de las Vísperas, y que, por consiguiente, podría no existir un objetivo planificado de antemano de ocupación o conquista del reino de Sicilia. No obstante, este planteamiento estaría bajo discusión, ya que no son pocos los historiadores que ven en el hecho siciliano una empresa programada ya desde tiempos de Jaime I, cuya primera pieza del puzzle sería el matrimonio entre Pedro y Constanza, y que defienden la existencia de toda una conspiración, cuyo culmen sería el “espontáneo” levantamiento siciliano.

Sin embargo, ¿realmente tenía como destino Sicilia? A esta pregunta muchos historiadores han tratado de darle respuesta de manera más o menos razonada. Buena parte de la historiografía, apoyada por los propios cronistas de la época (Desclot, Muntaner), habla de un programa de expansión por el Mediterráneo que ya habría madurado en la mente de Jaime I, teniendo en la conquista de Mallorca la primera pieza de la expansión y en el matrimonio del infante y heredero Pedro la piedra angular de un proyecto a gran escala que pretendería, siguiendo la ruta de las islas: Mallorca, Cerdeña, Sicilia y Chipre, alcanzar Tierra Santa. Este posicionamiento no sería nada descabellado y los acontecimientos posteriores a la muerte del Conquistador parecen corroborar casi al milímetro dicho pensamiento. Sin embargo, aunque muy posiblemente hubiese un plan de expansión preconcebido, en los sucesos que desembocaron en las Vísperas Sicilianas se entremezcla, casi en partes iguales, la historia, el mito, la leyenda y las ganas que han tenido muchos historiadores de ver un plan donde ha podido existir simplemente una sucesión de acontecimiento fortuitos que dieron a Pedro III la oportunidad única de ganar un reino que, tal vez, nunca llegó a plantearse.

Sea como fuere, en mi opinión, en la expansión mediterránea a través de Sicilia se junta un poco de ambas cosas, tanto planificación y un posible proyecto expansivo como la oportunidad y la fortuna de aprovechar los acontecimientos.

Con el destino de la expedición todavía en el aire, el eco de la armada llegó a Provenza, París, las repúblicas-Estado italianas, Nápoles-Sicilia, Constantinopla y Viterbo, residencia del Papa Martín IV. Conforme aflora la expectación en el Occidente cristiano, Carlos de Anjou ultimaba los últimos preparativos para su Cruzada contra el Imperio Bizantino, mientras que Francia y Roma recelaban de los intereses de Aragón. Martín IV será el más escéptico, temiendo que las naves del monarca aragonés guardasen un fin secreto y turbio que pudiese evitar la conciliación de sus ambiciones en Italia y Oriente. Por ello, para calmar los ánimos del pontificado, según Zurita, Pedro III envió una embajada al Papa, haciéndole saber que su fin era ir contra los enemigos de la fe y suplicándole la concesión de indulgencias.²⁰

Esta atmósfera de incertidumbre y tensión se origina gracias al disimulo y a las reservas que se estaba tomando Pedro III en relación a la preparación de la armada y al destino de la misma. De hecho, Muntaner llega a decir que “no había en el mundo hijo de hombre ni viviente, que supiera lo que el rey Pedro intentaba hacer”²¹. De hecho, el mismo cronista llega a recoger una cita como respuesta del monarca a la petición del conde de Pallars por que desvelara el destino de la flota: “si supiésemos que nuestra mano izquierda supiera lo que tenga intención de hacer la derecha, Nos mismo nos la cortaríamos” (*Crónica, Cap. XLIX*)

Finalmente, en fecha no exacta, variando dependiendo del autor, entre primeros de mayo (Muntaner) o de junio (Zurita), pero que, siguiendo la fiabilidad del gran cronista aragonés, situaremos en junio, la armada de Pedro III partió ante la inquietud y las sospechas de las primeras potencias europeas, quienes desconocían las verdaderas intenciones del aragonés y el destino real de la flota. La idea, al menos “oficial”, era proteger al filocristiano señor de Constantina, Ibn-al-Wazir, contra el rey de Túnez.²² Supuestamente destinada a combatir a los enemigos de la fe, Pedro III pidió el apoyo pontificio en forma de dinero e indulgencias para conquistar “la Berbería”²³, sin

²⁰ En *Historia del reinado de Don Pedro III el Grande de Aragón y de los orígenes..., op. cit.*, p.183 y en *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo..., op. cit.*, p. 43

²¹ *Crónica catalana de Ramón Muntaner..., op. cit.*, Cap. XLVI

²² *La Corona de Aragón en el mediterráneo medieval (1229-1479)...*, *op. cit.*, p. 13

²³ *Crónica catalana de Ramón Muntaner..., op. cit.*, Cap. LII

embargo, Martín IV, no fiándose de las verdaderas intenciones del aragonés, rechazó la petición.²⁴

El primer destino de la flota fue Mahón, en cuyo transcurso Pedro III, de una forma curiosa que recoge Muntaner, les hizo saber a sus principales capitanes que el destino de la armada era Alcoyll, entre Bugía y Bona, donde harían acto de presencia días después. Pero, ¿era esta la primera intervención de Aragón en Túnez y en el propio Mediterráneo?

Los precedentes de la presencia aragonesa en el Mediterráneo los encontramos en la conquista de Mallorca (1229), enmarcada en la denominada Reconquista de la Península Ibérica; en una primera expedición contra Ceuta, en 1234; en las negociaciones de Jaime I con el reino de Túnez o Ifriquiya, tendentes a que no ayudasen a los musulmanes valencianos en la guerra de 1238; en los contactos con Tremecén, desde 1250; en los encuentros con Egipto y Armenia, hacia 1264; y en la paz y tregua con Ceuta de 1269.²⁵ Será en esa última fecha, 1269, cuando se inicie la política aragonesa, que Jesús Lalinde Abadía define de “protectorado religioso-mercantil”, y que tiene en la cruzada de Jaime I su primer hito. Tres años después, en 1271, el Conquistador concierta el primer tratado formal con Túnez, mientras que, en 1276 y 1279, bajo reinado de Pedro III, se incrementa la actividad en la costa norteafricana, pero esta vez por medio de incursiones y hechos de armas que llevan a cabo Pedro de Queralt y Conrado Lanza. Será éste último quien intervenga en esas fechas, 1280, en el grave conflicto dinástico entre el gobernador de Constantina, Ibn-al-Wazir, y el rey de Túnez.²⁶

Fijado el destino, la primera fase del plan pasaba por Túnez. La cuestión tunecina, en sí misma, carecía de importancia, sin embargo, servía para tener una plataforma de arranque y para probar la incipiente marina aragonesa. Una vez en Túnez, Pedro III recibió la noticia de la muerte del gobernador de Constantina, a quien tenía la intención de ayudar. Vencido y muerto su protegido, caía para la causa aragonesa el

²⁴ *Ibidem*, Cap. LVI

²⁵ *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo...*, op. cit., p. 41

²⁶ *Crónica catalana de Ramón Muntaner...*, op. cit., Cap. XXX

objetivo oficial y público de la expedición naval. No obstante, se siguió con el plan establecido y se procedió al desembarco de los efectivos. Tras asentarse en la región, según el cronista Villani, “Pedro, desde allí, esperaba noticias de Sicilia”²⁷

Sicilia, tras el levantamiento del 30 de marzo de 1282 -que más tarde trataremos- se había constituido en *comune* regidos por jefes locales, sin embargo, los vínculos que los unían no eran sólidos, surgiendo las primeras discrepancias en cuanto a su futuro. La incertidumbre de los primeros meses iba en aumento y la situación se hacía cada vez más difícil: Mesina seguía cercada, la Santa Sede rechazaba todo intento de mediación y Carlos de Anjou había reunido un imponente ejército con el que recuperar su reino.

En medio de tal coyuntura, una nave²⁸ proveniente de Sicilia llegaba al campamento de Pedro III; el mensaje era claro: se reconocía rey de Sicilia a Pedro III y se le rogaba su intervención en la isla.²⁹ Ante el enorme potencial de sus enemigos y siendo que todo intento de negociación había sido infructuoso, ¿qué mejor ayuda que la de Pedro III, esposo de Constanza, hija, a su vez, de Manfredo, su anterior rey y miembro de los añorados Hohenstaufen?

Pedro III, ante la oportunidad que se le brindaba de añadir un nuevo reino a su Corona y tras consultar a sus capitanes³⁰, aceptó la oferta de los embajadores sicilianos. Aragón intervendría en Sicilia. La intervención del monarca aragonés en la isla no sería fácil, pues si bien contaba con el apoyo de la mayoría de su población y tenía sólidos derechos dinásticos con los que presentar batalla, sus enemigos, al menos a priori, eran superiores; contaban con grandes recursos, tanto militares como económicos; con fuertes aliados y con la ayuda espiritual y castigadora de la Santa Sede, pues no olvidemos que el reino de Sicilia era propiedad nominal de la Iglesia, de la que Carlos era su feudatario.

²⁷ Cita recogida en *Historia del reinado de Don Pedro III el Grande de Aragón y de los orígenes...*, op. cit., p.232

²⁸ *Crónica catalana de Ramón Muntaner...*, op. cit., Cap. LIV

²⁹ Según Desclot, el mensaje era el siguiente: “[...] los barones de Sicilia y todo el pueblo te ofrecen sus personas, sus mujeres, sus hijos y todo cuanto poseen y tienen, y te suplican que tomes en tus manos el Reino de Sicilia, para ser su rey y señor [...]”, cita recogida en *Historia del reinado de Don Pedro III el Grande de Aragón y de los orígenes...*, op. cit., p.237

³⁰ En cuanto a las deliberaciones, Jerónimo Zurita, en el Capítulo XXII del Libro IV de sus *Anales de la Corona de Aragón*, narra que no hubo unanimidad de pareceres, sino actitudes encontradas a favor y en contra de la nueva empresa.

Antes de comenzar con la intervención aragonesa, recordemos lo que pasó meses antes, en ese 30 de marzo de 1282.

ii. Vísperas Sicilianas

Los acontecimientos que rodearon a aquel 30 de marzo de 1282 y que se conocen popularmente bajo el nombre de Vísperas Sicilianas, se han visto envueltos en una maraña de formulaciones, hipótesis y teorías que parten del principio de la conspiración. Dicha conspiración -algunas veces negada, cubierta o atenuada- de la que hablan muchos de los historiadores, en la obra *Historia de Cataluña* de Antonio de Bofarull y Brocá, Tomo III, página 363, 364 y siguientes, al hacer la crítica de la obra de Amari y de la de Víctor Balaguer, se evidencia documentalmente la existencia de la conspiración y el papel que en ella desempeñaron el rey de Aragón Pedro III, el emperador bizantino Miguel VIII Paleólogo y, sobre todo, Juan de Prócida. En cuanto al papel jugado por el monarca aragonés, hemos de decir que existe una propensión historiográfica a silenciarlo o minimizarlo en todo el asunto de las Vísperas Sicilianas.

Desde los años 1278 y 1279, hasta 1282, se traza una red de intrigas, conspiraciones, idas y venidas, cuyos polos serán Constantinopla y Barcelona, en medio de los cuales encontramos varias ciudades sicilianas. De conspiración hablan los cronistas tanto españoles como italianos, pero otros historiadores de época posterior, tal vez más críticos o escépticos, tratan de ignorarla o minimizarla. Muchos historiadores, poniendo como auténtico y único artífice de su propia gesta al pueblo siciliano, tratan de silenciar o marginar el papel aragonés.

Además de Miguel Amari, clásico investigador del alzamiento siciliano, otro de los autores modernos en tratar el tema fue Sir Steven Runciman, quien en su obra *Vísperas Sicilianas*, escrita en 1957, habló de la gran conspiración a la que específicamente dedicó el capítulo XII.

Pero, ¿realmente existió tal conjura? y, si así fue, ¿quiénes estuvieron comprometidos?

Recuperada Constantinopla el 25 de julio de 1261, el Imperio Bizantino, bajo el trono de Miguel VIII Paleólogo, continuó la reconquista de aquellos territorios que se habían perdido a raíz de la Cuarta Cruzada (1202-1204) y que había dado como resultado la creación del Imperio Latino. A los tradicionales enemigos de Asia Menor,

se sumaba la creciente amenaza proveniente de Occidente; siendo éste el principal frente de las negociaciones bizantinas. La unión de las Iglesias, en 1275, debía de haber supuesto la eliminación de la tensión existente con el Papado, sin embargo, en realidad sirvió de bien poco, pues Carlos de Anjou no frenó en sus aspiraciones sobre Bizancio y era *vox populi* que los preparativos para una nueva cruzada contra Constantinopla continuaban a un ritmo creciente.

Todo parecía favorecer al angevino, no obstante, desde la ejecución de Conrandino, una general desbandada de gibelinos y simpatizantes de los últimos Hohenstaufen se fue esparciendo fuera de Italia, sembrando la semilla de la venganza. En los meses siguientes a la tragedia, algunos de ellos se trasladaron a Aragón. Destaca, sobre todo, Juan de Prócida, que había sido médico del emperador Federico II, del Papa Nicolás III y del rey Manfredo. Prócida, persona de gran talento y gran afecto a la causa gibelina, tenía una gran destreza y un don para la conspiración, convirtiéndose, para muchos cronistas e historiadores, en el instrumento de un plan de venganza que germinaba en la mente de los gibelinos y del propio Pedro III.

Todos los cronistas de aquellos sucesos corroboran, con ligeras variantes, un relato que, escrito en dialecto siciliano, ha sido objeto de controversia en cuanto a la exactitud de su contenido, pero no en cuanto a su veracidad. Rosario Gregorio, al escribir su *Biblioteca histórica de Sicilia bajo los Reyes de Aragón* se extrañaba que los cronistas italianos, Bartolomé de Neocastro y Nicolás Specialis, entre otros, silenciaran en sus obras el nombre de Juan de Prócida, pero, en sus trabajos de investigación acerca de este punto, logró encontrar en la Biblioteca de Palermo una crónica siciliana, cuyo autor se ignora, titulada *Quistu y lu ribeblamentu di Sicilia, qualli ordiun e feichi Miser J. Procida*. A pesar de que se puso en duda si se trataba de una auténtica referencia con garantías de veracidad, muchos de los que dudaron, aún así, han llegado a la conclusión de que todo el fondo del relato en cuestión es cierto.³¹

La llegada de Juan de Prócida a la Corona de Aragón tuvo lugar en 1275, cuando ya tenía fijada en su mente la posible solución de la cuestión siciliana; solución, por otra parte, del todo igual a la que encontró en la infanta Constanza y en su consorte, pero

³¹ *Historia del reinado de Don Pedro III el Grande de Aragón y de los orígenes..., op. cit.*, pp. 202-203.

que, en vida de Jaime I, tan sólo quedó como proyecto. Pedro III no tardó en confiar en él y lo nombró canciller de la Corona de Aragón; puesto que le permitió trazar toda una red de contactos entre Aragón, Bizancio y Sicilia.

En Sicilia, los odios se centraron hacia los franceses, quienes se habían convertido en auténticos déspotas, oprimiendo a fuerza de tributos a sus habitantes. Además, Carlos de Anjou, que había hecho de Nápoles su capital, muy rara vez hacía acto de presencia en la isla, la cual dejaba a su suerte bajo el gobierno de virreyes. Las autoridades no atendían las quejas de los sicilianos, quienes hartos del continuo maltrato que recibían, ya no sólo recordaban con nostalgia los tiempos de dominación normanda, bajo el rey Guillermo II el Bueno, o el periodo de presencia de la casa de Suabia, sino que, incluso llegaron a desear los tiempos de ocupación musulmana. La continua afrenta que sufrían los sicilianos presagiaba el estallido final; sólo se esperaba una ocasión propicia y una dirección certera y fuerte.³²

Esa dirección sería encabezada por Juan de Prócula, siguiendo, en un principio, intereses sicilianos y pro-gibelinos y, finalmente, secundando intereses aragoneses. Asimismo, si aceptamos las crónicas coetáneas a los hechos, la influencia que tuvo Prócula en Pedro III, junto con el incentivo de la reina Constanza, habría sido de vital importancia en la futura intervención de Aragón en Sicilia. Sin embargo, dada la avanzada edad que tenía por aquel entonces nuestro protagonista, autores como Runciman argumentan que, en realidad, Prócula no podría haber servido como nexo entre los intereses aragoneses, sicilianos y bizantinos, tal y como afirma el cronista Villani, y que serían sus dos sobrinos, hijos de su hermano Andrés, provistos de minuciosas instrucciones suyas, quienes estarían detrás de las negociaciones.

Sea como fuere, lo que parece claro es que se desarrolla toda una trama de intereses que tiene como principales protagonistas a: Pedro III, como esposo de Constanza y valedor de sus derechos sobre Sicilia; Miguel VIII, como principal interesado en minar los apoyos de Carlos de Anjou en vistas a evitar su cruzada; y el propio pueblo siciliano, que harto de la opresión ejercida por los agentes franceses en la

³² Al respecto, consultar Runciman, Steven, *Vísperas Sicilianas: Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*, Madrid, Alianza, 1979, capítulo XIII

isla adelantará todos los acontecimientos. Incluso se ha llegado a hablar de la connivencia del Papa Nicolás III, que si bien Runciman no cree que éste se mezclase en la trama, bien puede suponerse que la conocía, dada su oposición a la política de Carlos de Anjou.

Conocemos los intereses aragoneses, más adelante desarrollaremos el levantamiento siciliano, pero ¿cuál fue la contribución bizantina a los acontecimientos de las Vísperas Sicilianas?

Según Francesco Giunta, las relaciones bizantino-aragonesas entran en la trama externa de las Vísperas, pero sin llegar a asumir un papel determinante. Son negociaciones que, aunque gestadas antes del levantamiento, maduran después de los hechos por la urgencia de un recíproco interés dictado por la lógica de los acontecimientos internacionales.³³

Uno de los elementos que más benefició el encuentro entre Aragón y Bizancio fue la férrea oposición de Martín IV a ambos Estados. El matiz pro-angevino de la política pontificia impedirá crear un diálogo Papado-Aragón, al igual que había impedido crear un entendimiento entre Papado y Bizancio; por ello, el encuentro entre Aragón y Constantinopla era inevitable. Sin embargo, para Francesco Giunta no surgiría de las tramas diplomáticas tejidas por el rey de Aragón como preparación de la empresa siciliana, tal y como lo consideró hasta hace no mucho tiempo toda una corriente historiográfica, sino que se desarrolló por iniciativa bizantina y se perfeccionó después de 1282.

Según expone Giunta en su obra *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*, tras la ruptura con el Papado, Miguel VIII trató de alcanzar una alianza con Castilla, siendo este reino la meta principal de su embajada a Occidente y constituyendo la Corte aragonesa tan sólo una carta secundaria de las intenciones bizantinas que aparece cuando falla la castellana. Asimismo, expone que durante el camino de regreso de los embajadores bizantinos estalla el levantamiento siciliano y se produce la intervención

³³ *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo...*, op. cit., p. 43

aragonesa en la isla; hecho que da ventaja a Bizancio y le inhibe de buscar una alianza en Occidente, ya que las Vísperas frustran para siempre el peligro de expedición de la Casa de Anjou a Oriente.³⁴ No obstante, Giunta no especifica si antes del retorno de los emisarios se había alcanzado un encuentro, acuerdo o pacto con Aragón o, siquiera, se había llegado a un entendimiento con Castilla, supuesta primera baza de Miguel VIII, por lo que no podemos descartar tan pronto la idea de que hubiera habido, antes de las Vísperas, un encuentro entre Aragón y Bizancio que hubiera precipitado la intervención aragonesa en la isla. Del mismo modo, en su intento por hacernos ver que es Aragón quien busca la alianza con Constantinopla, y no al revés; quien da el paso de enviar legaciones a Bizancio; y a quien realmente le interesaba y beneficiaba alcanzar una alianza, no sólo contradice a un importante sector de la historiografía que había apoyado desde siempre la connivencia entre Aragón y Constantinopla antes de los sucesos de Palermo de 1282, sino que, asimismo, contradice a los cronistas contemporáneos a los hechos, tanto españoles como italianos, que ya apuntaban en el último cuarto del siglo XIII la estrecha relación entre ambas cortes, la real de Aragón y la imperial de Bizancio. Igualmente, creo conveniente apuntar que Giunta, en mi opinión, da a Aragón un carácter demasiado secundario y subsidiario -de mero espectador más que de protagonista- en los hechos precedentes y posteriores a ese 30 de marzo de 1282, al considerar la intervención de Pedro III fruto de la casualidad y el oportunismo y sin plantearse un programa de conquista o un plan preestablecido de antemano. Sin llegar a abrazar los supuestos de conjura y conspiración que apuntaron ya nuestros cronistas del XIII y que han defendido eminentes historiadores en el tema como Amari o Runciman, creo que no es extraño decir que si bien a Aragón le interesaba tener en Constantinopla buenas relaciones y un aliado en la nueva empresa que iba a emprender, principalmente porque ambos compartían rival, todavía más acuciante era la necesidad de encuentro por parte de Bizancio, pues no olvidemos que, ya desde comienzos de 1282, y probablemente antes, en los puertos de Marsella y Mesina se estaba organizando una imponente armada franco-angevina con destino a tierras bizantinas, de tal forma que si no se daba un episodio de gran relieve -como fue el de las Vísperas Sicilianas- que fuera capaz, ya no sólo de desviar la atención de Carlos de Anjou, sino de trastocar sus planes hasta el punto de verse obligado a abortar la cruzada, Bizancio se hubiera visto en serio peligro dada la secular debilidad militar que arrastraba. Por todo ello, veo más que probable un encuentro previo entre Pedro III y Miguel VIII que acelerase los

³⁴ *Ibidem*, pp. 43-44

acontecimientos en Sicilia, ya que ambos compartían intereses, enemigos y se necesitaban el uno al otro.

Plan premeditado o espontáneo e irrefrenable impulso popular, la tensa situación de los sicilianos contra sus opresores hizo finalmente explosión en la tarde del lunes de Pascua del 30 de marzo de 1282, cerca de Palermo, al sudeste de la ciudad, donde se alzaba un templo dedicado al Espíritu Santo.

La presencia de un grupo de soldados franceses rompió el general sosiego. El gobernador de Palermo Juan de Saint-Remy, subordinado al virrey Heriberto de Orleans, había prohibido, desde tiempo atrás, que todo natural de Sicilia llevase armas de ninguna especie. De pronto, uno de los soldados franceses, Dronet, se acercó a una joven siciliana, casada o soltera (ambas versiones hemos encontrado en los cronistas del periodo), y, so pretexto de cerciorarse de que el hombre que la acompañaba no llevaba armas ocultas, empezó a registrarla con evidentes fines lascivos. La joven ultrajada lanzó un grito de espanto que sirvió de detonante para que la muchedumbre congregada en los alrededores del templo viera en la acción del soldado la última ofensa al pueblo siciliano. Mientras las campanas de la iglesia palermitana del Espíritu Santo, doblaban, tocando a vísperas, como un solo hombre, los naturales de Palermo se lanzaron contra los soldados, matándolos a todos. Un alarido general empezó a resonar por la ciudad: “¡Mueran los franceses!”³⁵

Este grito de rabia se extendió como la pólvora en un radio cada vez más amplio hasta abarcar toda la isla de Sicilia. La matanza se hizo general, hasta el punto de que no se respetaba edad, sexo, ni condición. Toda resistencia fue inútil y a lo largo del mes de abril toda la isla fue “liberada” de presencia franco-anjevina. La última en unirse a la insurrección fue Mesina.

Con la caída de Mesina se da por finalizado el levantamiento de las Vísperas Sicilianas y, además, se eliminaba la amenaza de una expedición contra Bizancio, pues buena parte de la armada de Carlos de Anjou se encontraba allí anclada, siendo incendiada y destruida una vez que cayó en manos de los mesineses.

³⁵ Crónica catalana de Ramón Muntaner..., op. cit., Cap. XLIII

Dueños de la situación, los sicilianos habían acordado, una vez salieran victoriosos de la revuelta, organizarse a imitación de las Ciudades-Estado italianas y poner la isla bajo el directo dominio y control de la Iglesia; medida tal vez pensada con el fin de evitar una más que posible reacción angevina. A tal efecto, se envió una embajada a la Santa Sede que, sin embargo, rechazó cualquier intento de negociación y exigió la reincorporación de la isla a la soberanía de Carlos de Anjou. Asimismo, los sicilianos fueron excomulgados y, entre los meses de mayo-julio, Carlos, ayudado por el Papa Martín IV, organizó su operación de contraofensiva, cuyo primer destino era la recuperación de Mesina; ciudad que no tardaría en poner sitio.

Es en este momento cuando recuperamos la figura de Pedro III.

iii. La guerra se extiende (1282-1285). Aragón en varios frentes

a. Intervención aragonesa en Sicilia

Tras aceptar la oferta de los embajadores sicilianos, el 30 de agosto de 1282 Pedro III desembarcó en Trapani, para poco después, el 4 de septiembre, entrar en Palermo, donde fue recibido entre signos de entusiasmo y júbilo. Allí, en la capital de su nuevo reino, fue coronado rey de Sicilia por el obispo de Cefalú, al mismo tiempo que recibía los pertinentes homenajes y actos de vasallaje que hacían oficial su llegada y aceptación del trono.³⁶

La primera acción del aragonés fue asegurar y controlar la isla; tarea fácil, ya que salvo casos aislados, como el de la ciudad de Sperlinga que seguía contando con simpatizantes angevinos, y Mesina, sitiada por las tropas de Carlos de Anjou, el resto de Sicilia había secundado el levantamiento y la posterior represión que siguió las Vísperas Sicilianas.

Resultaba vital levantar el cerco de Mesina, pues si caía la ciudad ésta podría servir de cabeza de puente para una futura invasión angevina. Por ello, tras haber celebrado un parlamento en Palermo, en donde dio sus primeras órdenes de carácter administrativo y prometió volver a la organización y las libertades de tiempos de Guillermo II el Bueno, Pedro III procedió a una inmediata movilización de todos los hombres de la isla en edad de combatir³⁷ y envió un primer cuerpo expedicionario como refuerzo a la sitiada ciudad.³⁸

El ejército de Carlos de Anjou era numeroso y contaba con una renovada flota, sin embargo, con la llegada de la mala estación y ante la posibilidad de quedar encerrado entre mesineses, sicilianos y aragoneses, Carlos decidió levantar el asedio y retirarse al otro lado del Estrecho. El día 2 de octubre el monarca aragonés entraba en Mesina; el control de la isla era plenamente efectivo y no había tenido lugar ningún

³⁶ Crónica catalana de Ramón Muntaner..., op. cit., Cap. LX

³⁷ Ibidem, Cap. LXII

³⁸ Ibidem, Cap. LXIV

hecho de armas importante entre aragoneses y angevinos, por lo que, a diferencia de la denominación de conquista que ha recibido por la historiografía tradicional, en mi opinión la toma de Sicilia debe ser considerada como una ocupación, dada la ausencia de enfrentamiento y, sobre todo, debido a que Pedro III entró como “libertador”, en respuesta de la llamada de auxilio del pueblo siciliano y bajo el apoyo de la gran mayoría de las capas sociales del mismo, hecho que le brindó la coronación y una ocupación longeva para él y sus descendientes.

El siguiente paso, a la vez que se iniciaba la reorganización de la isla y se le insuflaba normalidad por medio de una legislación e instituciones que querían recordar las de época normanda y suaba, era obtener el control de los mares. Pedro III conocía muy bien el peligro que entrañaba un enfrentamiento directo con Carlos de Anjou, sobre todo si se tenía en cuenta el mayor número de hombres de que disponía, por lo que la única solución de sortear la amenaza angevina era llevar a cabo una táctica de guerra diferente: alcanzar el dominio de la costa siciliana y del sur de Italia y lanzar rápidas incursiones en tierra en forma de razias.

El 14 de octubre de 1282 se obtuvo la primera victoria naval frente a Nicotera (Calabria). Pero será a partir de este triunfo, cuando Roger de Lauria se ponga al frente de la flota sículo-aragonesa, cuando lleguen las principales y más resonadas victorias navales: la batalla del puerto de Malta (8 de junio de 1283), que significó la ocupación total de la isla; y la del Golfo de Nápoles (5 de junio de 1284)³⁹, donde cayó preso el príncipe Carlos de Tarento, hijo de Carlos de Anjou. En los meses siguientes se conquistaron las islas Querquenes y Yerba, frente a las costas de Túnez.

Sin embargo, para Pedro III el control del mar, aunque de enorme relevancia, no era un fin, sino un medio que permitía dirigir la guerra en dos direcciones. Será aquí donde entren en escena los almogávares; unas tropas mercenarias de salvaje aspecto, tal vez poco de fiar, pero de enorme valentía y destreza en su poco común uso de las armas y que sembraron el caos y el temor entre las tropas franco-angevinas hasta comienzos del siglo XIV. La limitación que ofrecía el modelo de reclutamiento feudal en una guerra como las llevadas a cabo por la monarquía aragonesa en el Mediterráneo, que no era estacionaria, sino prolongada en el tiempo, hacía indispensable contratar este tipo de

³⁹ *Ibidem*, Cap. CXIII

tropas mercenarias con las que, a cambio de una soldada, disponer de efectivos a lo largo de todo el periodo que durasen las hostilidades. El empleo de los almogávares, unido al apoyo de la flota, fue determinante en la estrategia ofensiva de Pedro III.

El 17 de enero de 1283, en la base de la Catona (costa de Calabria), tenía lugar la primera demostración de los usos poco convencionales, pero sumamente efectivos, de los almogávares. En una incursión rápida, inesperada y nocturna -como no podía ser de otra forma- los almogávares masacraron a los caballeros y a las tropas francesas del lugar. Ataques de este tipo se multiplicaron por toda la costa calabresa, teniendo como ejemplos las derrotas angevinas sufridas en Solano y Seminara (marzo de 1283). De esta forma, bajo el mando de Roger de Lauria, los ataques almogávares se intensificaron a lo largo de la costa meridional italiana, llegando hasta el mismo Golfo de Nápoles y a la ocupación de las islas circundantes. La idea era crear un clima de inestabilidad que propiciase el levantamiento de ciudades angevinas a favor de la causa aragonesa. No obstante, esto no ocurrió, pues a pesar de todo Carlos seguía ejerciendo un fuerte dominio sobre su población, reprimiéndose los intentos de insurrección de Gaeta y de la misma capital, Nápoles.⁴⁰

La situación en Sicilia y la Italia meridional era favorable a los aragoneses, quienes continuaron con sus razias y sus pequeñas conquistas. Carlos de Anjou no ocultaba lo sorprendido del devenir de los acontecimientos que se estaban desarrollando en sus dominios; estaba perdiendo la guerra y su superioridad militar era anulada por una tropa y marina, la aragonesa, en principio muy inferior a la suya. En este contexto, ante la incapacidad de derrotar a los aragoneses en tierra o mar, Carlos se vio obligado a elaborar toda una trama para sacar a su rival aragonés de Sicilia: el desafío de Burdeos, un combate singular entre Carlos de Anjou y Pedro III, acompañados de sus mejores cien caballeros, que tendría lugar el 1 de junio de 1283 en la ciudad de Burdeos.⁴¹

Pedro III, tras dejar Sicilia en manos de su esposa Constanza y el infante Jaime, marchó a sus tierras presto a acudir al duelo. Sin embargo, el caballeresco episodio no tuvo lugar. Previendo una más que posible emboscada y avisado de los peligros que

⁴⁰ En *Crónica catalana de Ramón Muntaner...*, op. cit., Cap. LXXV, en *Historia del reinado de Don Pedro III el Grande de Aragón y de los orígenes...*, op. cit., p.268 y en *Vísperas Sicilianas: Una historia del mundo mediterráneo...*, op. cit., cap. XIV y XV

⁴¹ *Crónica catalana de Ramón Muntaner...*, op. cit., Cap. LXXI

corría si se presentaba al desafío, el monarca aragonés decidió acudir disfrazado al palenque, hizo tomar nota de su presencia y se retiró, salvando su honor.⁴²

b. Excomunión, entredicho y deposición de Pedro III

Entretanto, mientras el dominio aragonés se extendía por el Mediterráneo occidental y central y las derrotas de la Casa de Anjou eran una constante, Martín IV fulminó la excomunión contra Pedro III y concedió la investidura de la Corona de Aragón a Carlos de Valois, segundogénito del rey de Francia Felipe III⁴³. La situación se ponía muy delicada para el bando aragonés y la guerra llegaría más pronto que tarde a sus dominios patrimoniales. Asimismo, la empresa siciliana había producido graves problemas internos en la Corona, especialmente en Aragón, en donde sus súbditos, molestos por la actitud autoritaria que había caracterizado a Pedro III a lo largo de la cuestión siciliana, no perdonaban al monarca que no hubiera consultado en Cortes la intervención en Sicilia. Por otro lado, condenaban el carácter dinástico de la empresa ultramarina, que el rey hubiese antepuesto los intereses de la burguesía catalana a los de la nobleza aragonesa y, finalmente, la falta de beneficios que veían los aragoneses en una campaña mediterránea que no traería sino gastos y perjuicios al reino. Fruto de este descontento surgía la Unión aragonesa (1283), que venía a personalizar el malestar aragonés frente a su rey.⁴⁴

⁴² *Ibidem*, Cap. XC

⁴³ El 18 de noviembre de 1282, Pedro III era objeto de una bula de excomunión, en virtud de la cual el monarca aragonés y todos cuantos a su causa se habían adherido eran excomulgados. Junto a la bula, le acompañaba un emplazamiento para que abandonase Sicilia antes del día 2 de febrero de 1283, so pena de ser privado de sus coronas y reinos. Ante el incumplimiento, en otra bula papal del 21 de marzo de 1283, Martín IV declaraba vacante el trono de Aragón y en entredicho sus tierras. Finalmente, el 29 de agosto de 1283, se expidió una nueva bula en la que se elegía a Carlos de Valois para ocupar el trono de Pedro III.

⁴⁴ Ver al respecto, González Antón, Luis, *Las Uniones aragonesas y las Cortes del Reino (1283-1301)*, Vol. 1, Zaragoza, CSIC, 1975, pp. 41-52

c. Unión aragonesa y Privilegio General (1283)

Jerónimo Zurita, en su capítulo XXXVIII de los *Anales de la Corona de Aragón*, nos da las claves de la convulsa situación que estaba viviendo el interior del reino de Aragón⁴⁵:

Una de las principales preocupaciones de los aragoneses era la condena recibida de la Iglesia al considerar que era “cosa muy grave tener declarada por enemiga la Iglesia y al vicario de Cristo, y estar entredichos de los divinos oficios y de la participación de los fieles católicos”. Del mismo modo, creían que era una temeridad el haber buscado la guerra contra los príncipes más poderosos de su tiempo (Carlos de Anjou y Felipe III) por la conquista “en desacato y ofensa de la sede apostólica” de un reino, Sicilia, “que tan apartado estaba” y “cuya defensa sería tan dificultosa”. Por otro lado, consideraban que su conquista no les parecía que diese reputación a Aragón, por haber sido “cobrada tan fácil y repentinamente”, y que por la codicia de haber ocupado “lo ajeno” ahora debían “sostener y padecer en sus propias casas” la guerra.

Según Zurita, todos los ricoshombres del reino se quejaron del modo de proceder del rey en los asuntos de la guerra y, sobre todo, en haberla comenzado “tan libremente”; por no darles parte de sus intenciones y porque parecía que sólo seguía su propio consejo y el de “algunos italianos y sicilianos que seguían su Corte”. Igualmente, consideraban una gran novedad que no se “siguiese la orden que los reyes pasados hasta allí tuvieron en los hechos de la paz y de la guerra”, es decir, que el monarca no pidiese el “acuerdo y consejo de sus ricoshombres”.

Estos recelos eran, además, apoyados por “todos los caballeros, infanzones y gente popular” que, generalmente, “temían las cargas y vejaciones que esperaban sostener en una guerra tan dura y difícil como ésta que comenzaba”. Por ello, porque el rey empezaba a exigir a sus súbditos cargas, imposiciones y tributos, “como bovajes y quintas”, que ya fueron reprochados en tiempos pasados y declarados exentos, “los aragoneses se tenían por agraviados y estaban muy unidos”, porque tenían todos gran temor que “naciese alguna repentina fuerza que oprimiese la libertad del reino”.

⁴⁵ A continuación, seguiremos el capítulo XXXVIII de Zurita, Jerónimo, *Anales de la Corona de Aragón* (ed. Ángel Canellas, Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 1973).

Ante tal coyuntura, en las Cortes celebradas en Tarazona (septiembre de 1283), los naturales del reino de Aragón proponen sus agravios y quejas al rey y le suplican que contase con su consejo en la guerra en Sicilia y “en la que se esperaba entre él y el rey de Francia”. Asimismo, piden la confirmación de sus fueros, costumbres, usos, privilegios y franquezas de las que gozaban en tiempo de su padre el rey Jaime I el Conquistador y de sus antecesores antes que aquél. No obstante, será la negativa del rey a lo anteriormente expuesto, y el aplazamiento de sus demandas hasta finalizar la guerra contra el francés, lo que propició que, de acuerdo a la “costumbre antigua del reino”, se juramentaran con el fin de mantener sus “privilegios, franquezas y libertades, y las cartas de donaciones y cambios que tenían del tiempo del rey don Jaime y de los reyes pasados”.

Ante tal situación, y por lo poco aconsejable que era tener abierta una guerra interna cuando eran tantos y graves los problemas externos del reino, Pedro III se vio obligado a prorrogar las Cortes para Zaragoza, en donde desagravió a sus naturales aragoneses de todas sus querellas y concedió el denominado Privilegio General, que, en palabras de Zurita, era la “confirmación de los fueros, costumbres, usos, franquezas, libertades y privilegios que el reino y las ciudades tenían”.⁴⁶

⁴⁶ Otras reflexiones acerca del Privilegio General en Danvila y Collado, Manuel, *Las libertades de Aragón: ensayo histórico, jurídico y político*, Valladolid, Maxtor, 2002

d. Cruzada contra la Corona de Aragón (1285)

Calmada la tempestad en el interior, la principal amenaza venía allende los Pirineos, en donde un poderoso ejército francés, bajo el llamamiento de Cruzada, se congregaba dispuesto a hacer efectiva la investidura de Carlos de Valois⁴⁷ y a arrebatar a Pedro III todos sus reinos.

Después de las primeras incursiones francesas -aunque tímidas, muy locales y que no pasaron de meras tentativas- de verano de 1283 y otoño de 1284, en la frontera navarroaragonesa; tuvo lugar el ataque principal, sobre Cataluña, en el verano de 1285. Las fuerzas franco-pontificias habían logrado reunir un ejército de enormes dimensiones, muy superior a los efectivos que podía convocar el rey Pedro, y que contaba, asimismo, con una poderosa armada que pronto dominó todo el litoral catalán.⁴⁸ Nuevamente, el monarca aragonés se encontraba en una posición de inferioridad, ante un enemigo temible y con sus reinos en peligro.

No obstante, a pesar de reunir un ejército formidable y numéricamente muy superior a las huestes aragonesas, la estrategia desplegada por Pedro III le dio de nuevo la victoria tanto por mar como por tierra. Mientras el rey ordenaba a los aragoneses defender la frontera con el reino de Navarra, dirigió personalmente la defensa de Cataluña.⁴⁹ Una vez que el ejército invasor superó la barrera de los Pirineos, en los días 9 y 10 de junio de 1285, su avance fue firme y la penetración por el Ampurdán rápida. Sin embargo, se estancaron ante las murallas de Gerona; sitio que duró del 29 de junio al 7 de septiembre, y que se mantuvo bajo unas condiciones higiénicas lamentables, con una fuerte carestía de sitiados y sitiadores y con la peste haciendo acto de presencia y causando una elevada mortandad, sobre todo en el campamento francés.⁵⁰

⁴⁷ Crónica catalana de Ramón Muntaner..., op. cit., Cap. CIII

⁴⁸ Muntaner cifra las fuerzas francesas en “veinte mil caballos armados (...) y más de doscientos mil hombres de a pie”, además de multitud de gentes que habían acudido en busca de indulgencias y de la imponente armada que bordeaba la costa catalana, encargada del avituallamiento de las tropas, y que Muntaner la describe como “ciento cincuenta galeras gruesas y más de ciento cincuenta naves con víveres, sin contar los leños, taridas y barchas, que eran sin cuenta” *Ibidem*, Capítulos CXXIII y CXX

⁴⁹ De nuevo Muntaner: “Cuando el señor rey de Aragón supo que el rey de Francia había salido de París y sacado el oriflama, viniendo con grandes fuerzas por mar y tierra, envió (...) mensajeros a los aragoneses, para que evitasen que pudiera venir daño por Navarra y Gascuña; y, asimismo, transmitió cartas de mandamiento por Cataluña, a los ricos hombres, caballeros, ciudadanos y villas, para que acudiesen todos con sus armas al collado de Panisars (...), punto donde pensaba oponerse al rey de Francia”, *Ibidem*, Cap. CXX

⁵⁰ Tras profanar el sepulcro de San Narciso, una vez que se entregó Gerona, “murieron en breve tiempo de pestilencia más de cuarenta mil franceses”, *Anales de la Corona de Aragón...*, op. cit., Cap. LXIX. Origen del milagro de las “moscas de San Narciso”

En este contexto, las correrías y cabalgadas de las tropas de Pedro III comenzaron a hostigar al ejército francés, viéndose, asimismo, en dificultades por el bloqueo que sufría en las líneas de suministro. Sin embargo, será de nuevo el mar quien decante el destino de la guerra.

El dominio marítimo ejercido por los franceses se vio roto con la decisiva victoria de Roger de Lauria en la batalla de las islas Formigues. Rosas (3 de septiembre) y Cadaqués (4 de septiembre) pusieron el punto final a la armada francesa y la ruptura de la principal línea de abastecimiento.

Gravemente enfermo el monarca francés, se solicitó permiso a Pedro III para cruzar los Pirineos a salvo. En el Collado de las Panizas y de La Massana se garantizó no atacar al ejército francés, sin embargo, una parte del mismo quiso cruzar por Le Perthus, cuyos defensores, al no conocer la orden de dejar paso franco, acabaron con las últimas fuerzas francesas en la batalla del Collado de las Panizas (30 de septiembre-1 de octubre de 1285). Poco después, el 5 de octubre, moría de peste Felipe III de Francia.

La última consecuencia de la invasión fue la conquista o “confiscación” del reino de Mallorca a Jaime II, hermano de Pedro III, por haber colaborado con los franceses en su intento de cruzada. La ocupación de la isla fue llevada a cabo por el infante Alfonso, quien en el transcurso de la misma recibió la noticia de la muerte de su padre Pedro III en noviembre de 1285. En ese mismo año habían muerto, además de los reyes de Aragón y Francia, Carlos de Anjou (Foggia, 7 de febrero de 1285) y Martín IV (Perugia, 29 de marzo de 1285).

iv. Sicilia bajo la Casa de Aragón (1285-1302)

A la muerte de Pedro III, el primogénito Alfonso asumía los territorios patrimoniales de la Corona de Aragón, mientras que el infante Jaime (futuro Jaime II) recibía el reino de Sicilia.

Alfonso III no tardó en asumir respecto de Sicilia una actitud de renuncia, cuyo principal objetivo era liberarse de la investidura pontificia de sus reinos realizada en favor de Carlos de Valois y alejar la fuerte coalición antiaragonesa que presionaba sobre las fronteras de sus dominios. El problema siciliano se presentaba como una pesada carga que condicionaba toda la política internacional; por ello, a partir de 1286, inició las negociaciones que cada vez le alejaban más de la cuestión siciliana, pero que, además, le hacía llevar una política que actuaba contra lo realizado por su padre Pedro III y que, al mismo tiempo, perjudicaba los intereses de su hermano Jaime y de los sicilianos, pues a través del aragonés sus adversarios buscaban solucionar indirectamente el problema siciliano.

El proceso de renuncia a la soberanía de Sicilia se concretó en una serie de tratados, firmados en Huesca (mayo de 1286), Olorón (julio de 1287) y Canfranc (octubre de 1288). Asimismo, según Francesco Giunta, dichos tratados marcaron la primera «traición» de los reyes de Aragón a Sicilia.⁵¹ Pero será con el tratado de Tarascón de febrero de 1291 cuando se dé el abandono total y la renuncia por parte de Alfonso III a la isla. El rey aragonés, abandonando su gibelinismo y reconociendo la soberanía del Papado, se comprometió a no prestar ayuda a su hermano Jaime. Como compensación, obtuvo del Papa Nicolás IV el levantamiento de la excomunión y la promesa de revocar la investidura otorgada por Martín IV a Carlos de Valois. Sin embargo, la prematura muerte de Alfonso III, el 18 de junio de 1291, anuló su gestión diplomática y dejó sin resolver la cuestión siciliana.

Su hermano Jaime asumía la Corona de Aragón y, además, retenía la soberanía sobre Sicilia, en donde dejaba como lugarteniente general a su hermano Fadrique o

⁵¹ *Aragonenses y catalanes en el Mediterráneo..., op. cit.*, p. 125

Federico, tercer hijo de Pedro III. Al frente de Aragón y Sicilia, creía que con la unión de ambas Coronas tendría por fin la fuerza suficiente para imponerse a la coalición franco-pontificia. Por otro lado, tal vez era lo mejor para los mismos sicilianos, pues unidos ambos reinos bajo un mismo trono podría evitarse un nuevo caso de defeción de un reino en perjuicio de otro.

Aunque durante los primeros años de su reinado mantuvo una posición de fortaleza e integración, pronto advirtió el monarca aragonés, como hiciera su hermano antes que él, que la unión de Aragón y Sicilia era algo inconcebible si se quería preservar la integridad de ambos reinos y que «el problema siciliano siempre condicionaría la solución del aragonés».⁵²

La cuestión siciliana perjudicaba todo intento de progresar en las negociaciones con sus adversarios y emplazaba a ambas Coronas a una guerra interminable. En Guadalajara (febrero de 1292), en Pontoise (abril de 1293), en Logroño (julio de 1293) y Tarazona (agosto de 1293) Jaime II, siguiendo la estela de Alfonso III, comenzaba los encuentros en vistas a una solución al problema siciliano que pasaba por renunciar a la isla. El primer acuerdo importante tenía lugar en La Junquera (diciembre de 1293), donde se estrechaba relaciones de parentesco con los Anjou y se acordaba que Jaime II devolvería el reino de Sicilia, en un plazo de tres años, a la Iglesia. Estos acuerdos son la base sobre la que se construirá el tratado de Anagni de junio de 1295.

Con el tratado de Anagni se establecía el matrimonio entre Jaime II y Blanca de Anjou, hija de Carlos II de Nápoles; se firmaba la paz entre Francia y la Corona de Aragón; se donaba Sicilia a la Santa Sede; se levantaban las condenas espirituales sobre la Casa de Aragón y se devolvía Mallorca, bajo la condición de que se convirtiera en reino feudatario del aragonés. Asimismo, y como acuerdo secreto, se compensaba a Jaime II de Aragón con la investidura de Córcega y Cerdeña, que, en cualquier caso, debía hacer efectiva mediante conquista.

⁵² *Ibidem*, p. 127

Los acuerdos alcanzados en la ciudad italiana de Anagni no suponen, en realidad, la victoria de ningún bando, es más bien un compromiso que obedece los deseos de llegar a un punto de entendimiento por ambas partes. En Anagni, Jaime II abandonó la idea de anexionar Sicilia a Aragón por lo insostenible que resultaba la unión para los intereses políticos de la Corona. Si Aragón quería desprenderse de todas las cargas y castigos impuestos desde Pedro III y quería deshacerse de la presión político-militar y comercial que hacía el bloque antiaragonés, debía abandonar la idea de integrar Sicilia. El problema siciliano, desde ahora, dejaba de ser una cuestión internacional para quedar reducido a una cuestión local, siciliana. Al mismo tiempo se invierte la posición internacional de Jaime II, obteniendo la alianza con Francia y los Anjou, la plena protección del Papado y una compensación territorial por la pérdida de Sicilia. Todo esto supondría el restablecimiento del equilibrio roto en 1282 y una redefinición de la política mediterránea de Jaime II.

Por otro lado, Jaime se convertía en “fiel” aliado de la Santa Sede, recibiendo, a través de la bula *Redemptor mundi* (enero de 1297), los títulos honoríficos de *vexillarius, capitaneus et admiratus generalis Ecclesiae*, que será lo que marque el vuelco de la posición internacional del monarca aragonés. Por dicha bula, el *hostis Ecclesiae* se convirtió en *defensor Ecclesiae*.⁵³

En relación a la investidura de Córcega y Cerdeña, a diferencia de Sicilia la condición de “reino” de Cerdeña y Córcega (*Regnum Sardiniae et Corsicae*) no llega hasta 1297, cuando la Santa Sede lo infeuda a Aragón para compensarle de la pérdida de Sicilia y para perjudicar, al mismo tiempo, a la Pisa gibelina. De igual manera, a diferencia de Sicilia, no se trata de establecer una dinastía derivada en Cerdeña, sino la rama principal de la aragonesa. Al rey de Aragón le corresponde el gobierno con el título de *rex*, que ostenta ilimitadamente, desde 1297, al ser el feudo perpetuo.⁵⁴

No obstante, la renuncia de Aragón a Sicilia no fue bien tomada en la isla. La nobleza, en los parlamentos celebrados en Palermo (diciembre de 1295) y Catania (enero de 1296), eligió como rey a Federico, hasta entonces lugarteniente en nombre de

⁵³ *Ibidem*, p. 62

⁵⁴ *La Corona de Aragón en el mediterráneo medieval (1229-1479)...*, op. cit., p. 109

su hermano Jaime. De esta manera, la voluntad del pueblo siciliano devolvía el *statu quo* en el panorama internacional.

Con Federico III Sicilia inicia su autonomía política y reivindica con fuerza su tradición suaba. A partir de ahora la nueva realidad siciliana se construye sobre la afirmación de los derechos sicilianos en el plano europeo y en el intento de reconstrucción del antiguo reino normando-suabo; es más, como muestra de su intención por resucitar la tradición imperial, Federico se intituló Federico III, siguiendo la nomenclatura del emperador Federico II, y junto a las barras de Aragón, emblema de la Casa de Aragón, integró el águila de los Hohenstaufen. Estas muestras, aunque simbólicas, nos permiten apreciar la voluntad del joven rey de seguir su propio camino, aunque eso significase escindir los intereses de Sicilia de los de Aragón.

La reacción de Bonifacio VIII a la soberbia siciliana no se hizo esperar. Obligado a cumplir con los compromisos contraídos en Anangi, Jaime II dispuso dos expediciones punitivas contra Federico III, en 1298 y 1299, alcanzando en esta última fecha la victoria en la batalla naval del cabo de Orlando. No obstante, los resultados fueron vagos triunfos que no alteraron la situación, continuándose la guerra, una vez que se retiró Jaime II, a través de Carlos de Valois, quien intentó doblegar la resistencia siciliana, sin mucho éxito, dando lugar, finalmente, a la firma de la paz de Caltabellota de 1302.

En los acuerdos establecidos en Caltabellota, en agosto de 1302, se reconocía a Federico como rey vitalicio de Sicilia, pero bajo el título de rey de Trinacria (antiguo nombre griego de la isla), comprometiéndose a devolver el reino a su muerte a los Anjou, quienes conservaban el título de reyes de Sicilia, pero sólo con dominio de la Sicilia continental o Nápoles. El juego de nombres reflejaba la división que había sufrido el reino de Sicilia, entre *Regnum Siciliae ultra farum* (Sicilia insular) y *Regnum Siciliae citra farum* (Sicilia continental o Nápoles), tras el episodio de las Vísperas Sicilianas y el desplazamiento de la Casa de Anjou a sus dominios de la Italia meridional. Igualmente, se establecía el enlace entre Federico y Leonor de Anjou, hija de Carlos II de Anjou.

No obstante, la Paz de Caltabellota no puso fin a las hostilidades, reabriéndose poco después un largo episodio de enfrentamientos que volvió a situar a Sicilia en el centro de todas las miradas. Rotas las negociaciones, el 19 de abril de 1321, tras contar con el apoyo de la nobleza siciliana, Federico III asoció a su hijo Pedro (futuro Pedro II de Sicilia) al trono. Con este gesto Federico no sólo fortalecía su posición en el reino, «porque tenemos la isla de Sicilia y rey de Sicilia continuaremos siendo»⁵⁵, sino que consolidaba el periodo de autonomía de la isla, estableciéndose en ella una rama secundaria de la Casa de Aragón.

⁵⁵ *Aragonenses y catalanes en el Mediterráneo..., op. cit.*, p. 128

III. Implicación aragonesa en Sicilia:

1. La Casa de Luna, un linaje aragonés en tierras sicilianas.

A día de hoy, todavía es muy poco lo que sabemos sobre las condiciones en que se llevó a cabo la participación aragonesa en las guerras mediterráneas. Tradicionalmente, la condición de reino interior que tuvo Aragón ha servido como argumento para suponer que la presencia aragonesa en los asuntos de ultramar tuvo que ser forzosamente secundaria e incluso, en según qué circunstancias, inexistente. En el mejor de los casos, algunos historiadores señalan al reino de Aragón como fuente de recursos para las campañas de la monarquía, pero incluso en este aspecto, no ha sido hasta fechas recientes cuando hemos empezado a disponer de estudios sistemáticos sobre el impacto fiscal de algunas campañas militares sobre la población aragonesa.⁵⁶ La falta de fuentes, la escasa documentación al respecto y la intencionalidad de determinadas corrientes historiográficas, han llevado a suprimir directamente todo rasgo de intervencionismo aragonés, relegando a Aragón a un puesto marginal en las campañas de la Corona de Aragón en el Mediterráneo.

El propósito que encierra este bloque es rebatir esa teoría y demostrar que, evidentemente, existió presencia aragonesa en Sicilia. Para ello, nos serviremos de la Casa de Luna, uno de los principales linajes nobiliarios del reino de Aragón y cuya presencia en la isla tenemos ampliamente documentada por Francisco de Moxó y Montoliu⁵⁷, quien, a su vez, se nutre de la documentación aportada por el Archivo de la Corona de Aragón.

Los principales representantes de la Casa de Luna para el periodo que estamos estudiando fueron: Ruy Ximénez de Luna, Artal y Lope Ferrench de Luna y Pedro Martínez de Luna «el Viejo». Todos ellos jugaron un activo papel en la política interior de la Corona de Aragón, relacionándose con los principales acontecimientos que

⁵⁶ Lafuente Gómez, Mario, *Guerra en ultramar: la intervención aragonesa en el dominio de Cerdeña (1354-1355)*, Zaragoza, Instituto Fernando El Católico, 2011, pp. 9-10

⁵⁷ Moxó y Montoliu, Francisco de, *La casa de Luna (1276-1348): factor político y lazos de sangre en la ascensión de un linaje aragonés*, Aschendorffsche verlagsbuchhandlung, Münster, 1990 y en Moxó y Montoliu, Francisco de, *Miscellanea de Luna*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2004

rodearon a la monarquía desde los últimos años del reinado de Jaime I hasta el reinado de Jaime II. De esta forma, documentamos su presencia en la campaña para sofocar la insurrección musulmana del reino de Valencia, en los problemas con la nobleza levantisca aragonesa y catalana, en las embajadas a Túnez, en la intervención en Sicilia, en las labores diplomáticas de Pedro III, en los encuentros con Castilla, en la participación a favor y en contra de la Unión aragonesa o en la defensa de la frontera navarroaragonesa durante la invasión francesa de 1285. Asimismo, el papel que jugaron dichos miembros no siempre fue a favor de los intereses de la monarquía, pues apreciamos como la rama de los Ferrench de Luna, con Artal y Lope Ferrench a la cabeza, protagonizó episodios de rebeldía, posicionándose en numerosas ocasiones contra la voluntad del rey de Aragón.⁵⁸

Dada la relevante posición ocupada por los Luna entre la nobleza aragonesa, no es de extrañar su intervención en la empresa siciliana. La participación fortalecía el prestigio del linaje y suponía para los Luna la entrada en un círculo de relaciones e intereses internacionales que habría de contribuir a la progresiva ascensión del linaje⁵⁹.

Cuatro fueron los miembros de la Casa de Luna que tomaron parte con seguridad de la campaña siciliana; cifra que ningún otro linaje aragonés alcanza entre los componentes de la expedición. Hablamos de Ruy Ximénez, los hermanos Artal y Lope Ferrench y de un Pedro Martínez de Luna, que si bien las fuentes no están del todo de acuerdo, según Moxó sería un nieto de Pedro Martínez de Luna «el Viejo»⁶⁰.

Possiblemente, fue Ruy Ximénez de Luna quien tuvo una posición de mayor influencia dentro de la Corte real, debido a que, desde temprano, formó parte del séquito del infante Pedro y la princesa Constanza, adquiriendo un trato de familiaridad con los italianos que integraban el mismo -Conrado Lanza, Roger de Lauria y Juan de Prócida- y que luego tanta importancia tuvieron durante la campaña siciliana. En 1276, Ruy Ximénez fue nombrado procurador de Valencia; puesto que le permitió estrechar un fuerte lazo con el grupo italiano antes citado, además de prepararle para su posterior

⁵⁸ *La casa de Luna (1276-1348)...*, op. cit., pp. 83-85

⁵⁹ *Ibidem*, p. 90

⁶⁰ *Ibidem*, pp. 212-213

actividad en la empresa de Sicilia, poniéndole en contacto con el mundo islámico, íntimamente relacionada con aquella, a través de su embajada a Túnez (1280)⁶¹. Asimismo, también lo vemos ausentarse de su cargo con motivo de los preparativos de la expedición siciliana: en 1281 y, sobre todo, a comienzos de 1282, Pedro III encomendó a Ruy Ximénez viajar por Aragón «reclutando a gente para la armada y proveyendo su avituallamiento»⁶². Artal y Lope Ferrench aparecen también en varios documentos relacionados con la expedición en los primeros meses de 1282 y sólo en una de las cartas emitidas por el monarca, la de 21 de marzo, vemos convocado junto a ellos a Pedro Martínez de Luna. Igualmente, en carta fechada en 30 de marzo del 82, es convocado otro aragonés, Pedro Cornel, yerno de Artal, junto a cuyo nombre aparece, además, el de Lope Ferrench en una nueva convocatoria.⁶³

Del 1 de junio es la última mención de Ruy Ximénez anterior a la partida a Sicilia, sin embargo, ¿zarparon todos en la misma fecha de Port Fangós? A Ruy Ximénez lo vemos junto a Pedro de Queralt en las cabalgadas de Collo (Túnez), en agosto de 1282, junto con la expedición real, no obstante, del resto de los Luna no tenemos noticia hasta bastante después de la llegada a Sicilia, hasta noviembre de 1282. Sin embargo, según Moxó, a partir de una carta que escribió el infante Alfonso (10 de septiembre de 1282) dirigida a varios procuradores -entre los que figuraban Artal y Lope Ferrench y Ruy Ximénez de Luna- al menos estos tres miembros de los Luna estarían para esa fecha en la isla, tanto si habían ido con la expedición real como si se habían agregado después a ella.

En Sicilia, el más relevante entre los Luna seguirá siendo Ruy Ximénez, desempeñando un importante papel en la relación entre Pedro III y Carlos de Anjou cuando fue enviado, junto con Queralt, en la primera embajada que se envió al angevino. Ruy no figurará en noviembre en las embajadas que se cruzaron con motivo del desafío de Burdeos, siendo elegido para ello al aragonés Eximén de Artieda y al catalán Bertrán de Canyelles, no obstante, vuelve a aparecer entre los seis procuradores encargados de establecer las condiciones del duelo⁶⁴. Pero, sin embargo, la principal

⁶¹ *Ibidem*, p. 88

⁶² *Ibidem*, p. 213 y en ACA R. 44 f. 244 rº (visto a través de la obra de Moxó)

⁶³ *La casa de Luna (1276-1348)...*, *op. cit.*, p. 214 y en ACA R. 41, f. 220 (visto a través de Moxó)

⁶⁴ *Ibidem*, p. 215

misión la realizará en el centro de Sicilia, donde es nombrado castellán de Castrogiovanni. La nueva misión que le encomendó Pedro III fue asegurar el control militar de la isla, lo que significaba doblegar la resistencia de Sperlinga, último foco pro angevino de Sicilia. Tras cumplir su cometido, no volvemos a saber de él hasta que le encontramos gobernando la frontera con Navarra en noviembre de 1283. Probablemente, según Zurita, en los dos meses que no tenemos noticias de Ruy Ximénez el aragonés estaría realizando dos misiones encargadas por Pedro III: recoger a la reina Constanza y al infante Jaime para traerlos a Sicilia y su segundo viaje a Túnez⁶⁵.

Mientras, Artal y Lope Ferrench, el 29 de noviembre de 1282, son nombrados capitanes de Siracusa. A Lope Ferrench lo encontramos, en diciembre, en Messina, siendo uno de los cuarenta nobles que garantizan con su juramento el desafío, mientras que Artal, a la altura de enero de 1283, todavía se encontraba en Palermo⁶⁶. Más adelante, Artal pasaría a Calabria con Pedro III y le vemos todavía en Solano (costa de Calabria) el 25 de marzo de 1283. Ya no volveremos a saber de él hasta que, al regreso del rey hacia su cita de Burdeos, aparezca, junto con otro aragonés -Blasco de Alagón- y Lope Ferrench, entre los caballeros convocados para acompañarle al duelo.

Por motivo del desafío de Burdeos, Pedro III convocó a sus nobles para ver quiénes de ellos le acompañarían de regreso a la Península. Es en este momento cuando aparece Pedro Martínez de Luna por primera y única vez en la empresa siciliana. Siguiendo a Moxó, Pedro Martínez de Luna «el Viejo», hombre de cierta edad, no sería quien participase en la campaña siciliana, acudiendo, en realidad, su nieto homónimo⁶⁷.

A la altura de 1283, todos los Luna volvieron a Aragón, viéndose envueltos en la doble conmoción interna y externa subsiguientes al hecho siciliano, es decir, la Unión aragonesa y la defensa del reino ante la invasión francesa. No obstante, como no es objeto del apartado desarrollar la implicación de los Luna en los acontecimientos internos del reino, avanzaremos en la historia hasta la doble expedición a Sicilia de 1298-1299.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 216

⁶⁶ *Ibidem*, p. 217 y en ACA R. 53, ff. 104-106 (*De Reb. Ap. doc. VII*); a través de Moxó.

⁶⁷ *La casa de Luna (1276-1348)...*, *op. cit.*, p. 218

Como bien sabemos, en cumplimiento de los acuerdos establecidos en Anagni, en 1295, Jaime II de Aragón se vio obligado a intervenir en Sicilia contra su hermano Federico III, llevando de nuevo la guerra a la isla en una doble campaña que se extendió de junio de 1298 a febrero de 1299 y de junio del 99 a octubre del mismo año. En este caso, la participación de los Luna no está tan minuciosamente detallada como en el caso de la primera intervención de 1282 y, es más, posiblemente no sabríamos de ella si no fuese por las numerosas deudas que contrajo el rey con motivo de la campaña.

Siguiendo, nuevamente, a Moxó, E. González Hurtebise publicó en 1911 los *Libros de Tesorería de la Casa Real de Aragón* de Pedro de Boyl, tesorero general de Jaime II desde el 13 de mayo de 1301⁶⁸, lo que nos permitió conocer una serie de registros de pagos por las deudas de la expedición a Sicilia y aquellos Luna que concurrieron a la misma. Pues bien, ciñéndonos a los Luna que aparecen en los asientos de deudas y pagos como participantes en la expedición a Sicilia, cuatro de ellos aparecen al frente de una compañía propia, siendo por ello a quienes se adeudan mayores cantidades. Nos referimos a: Lope Sánchez de Luna, Fernán y Pedro López de Luna y Juan Martínez de Luna. Sin embargo, constatamos que en esta segunda intervención en la isla no participaron ninguno de los representantes principales del linaje: los protagonistas del periodo anterior habían fallecido en su mayoría y sus herederos, al frente de las distintas ramas de los Luna, decidieron atender los asuntos internos del reino.⁶⁹

⁶⁸ *Ibidem*, p. 225

⁶⁹ *Ibidem*, p. 225-227, ver ANEXO III.

2. Conclusiones:

Consecuencias de las Vísperas Sicilianas en la Corona de Aragón

El fenómeno de las Vísperas Sicilianas debe ser estudiado mucho más allá de su tradicional enfoque localista de levantamiento popular contra la presión fiscal o los abusos de la tropa y las autoridades angevinas, más allá del secular enfrentamiento güelfo y gibelino por el control de la Italia meridional e, incluso, más allá de la pérdida de Sicilia por Carlos de Anjou y la puntual intervención de una potencia extranjera, Aragón, haciendo valer sus derechos dinásticos. Las Vísperas Sicilianas tuvieron repercusiones mayores y sólo con su análisis e interpretación internacional podremos apreciar el enorme alcance que tuvo aquella insurrección del 30 de marzo de 1282.

Cuando hablamos de las Vísperas Sicilianas, hablamos del conjunto de sus causas y, sobre todo, del conjunto de sus consecuencias, tanto directas como indirectas, que tuvieron como escenario principal al Mediterráneo occidental y central de finales del siglo XIII y principios del XIV. Sería un error relacionar únicamente el término con lo acaecido en la isla, pues la cuestión siciliana resultó ser todo un complejo problema de múltiples ramificaciones que, si bien echó sus raíces en aquel Palermo de 1282, no es menos cierto que desbordó su ámbito interno hasta dominar la esfera política de las principales potencias del periodo. En torno al problema siciliano giraron los intereses político-militares, económico-comerciales y expansionistas de los principales protagonistas de la Europa occidental del momento, teniendo a Francia, Aragón, Nápoles, Sicilia y el Papado como sus máximos exponentes, junto con Génova y Pisa como representantes de las principales potencias mercantiles de esa parte del Mediterráneo.

Por todo ello, las Vísperas Sicilianas escapan de ser un fenómeno local a constituir todo un acontecimiento internacional, cuyas consecuencias más visibles fueron la inserción de Aragón en el centro del Mediterráneo, la creación de un nuevo equilibrio político y de fuerzas, la ruptura de la obra política que la Santa Sede había construido paralelamente a la desaparición de los Hohenstaufen y la sustitución de la Casa de Anjou por la Casa de Aragón como potencia hegemónica en el Mediterráneo.

Asimismo, podemos afirmar que el fenómeno de las Vísperas supuso el momento culminante de la política de la Corona de Aragón en el Mediterráneo; que permitió desbloquear el aislamiento interior en el que se encontraba, proporcionándole, además de un nuevo escenario de expansión, nuevos tráficos y circuitos comerciales⁷⁰; que reactivó las finanzas reales y que permitió asentar las bases necesarias para la afirmación, cada vez mayor, de una política comercial y expansionista propia.

La incorporación de Sicilia a la Corona de Aragón no fue más que la primera pieza de un puzzle que se iría completando con la investidura de Córcega-Cerdeña, la aventura almogávar en tierras orientales y la conquista final de Nápoles. Aragón, desde finales del siglo XIII hasta mediados del XV, protagonizó toda una expansión ultramarina que le llevó a convertirse en la primera potencia del Mediterráneo occidental y central. Sin embargo, a pesar del importante número de territorios que se agregaron a la Corona, no podemos hablar de imperialismo aragonés, sino de una hegemonía limitada al Mediterráneo occidental y central, debido a que faltaban las bases esenciales para formular cualquier programa de conquistas de amplio alcance. Es decir, Aragón disponía de una flota inadecuada en cuanto a volumen, «no tenía posibilidades económicas para satisfacer las necesidades de proyectos muy costosos» y en el campo de las finanzas «los reyes aragoneses siempre tuvieron grandes dificultades, transmitiéndose de Pedro III a Jaime II una notable herencia de deudas»⁷¹. Por ello, la expansión aragonesa en el Mediterráneo debe contemplarse, según Francesco Giunta, «como un conjunto de ambiciones circunscritas y con límites que resultan muy claros»⁷². Nos damos cuenta que el expansionismo aragonés se articula en un plano práctico de realización trazado en tiempos de Jaime I el Conquistador, es decir, la expansión aragonesa en el Mediterráneo no se realizaría a lo largo de la llamada «diagonal insular» (Baleares, Cerdeña y Sicilia) para dirigirse después hacia Oriente, sino que persigue el fin de conseguir una hegemonía política en el ámbito del Mediterráneo central y occidental⁷³. Los reyes de Aragón son conscientes de los límites

⁷⁰ En lo referente a los circuitos comerciales, Zedda, Corrado, “Cerdeña y los espacios económicos en la Edad Media: una revisión problemática”, en Sesma Muñoz, J. Ángel (coord.), *La Corona de Aragón en el centro de su historia, 1208-1458*, Zaragoza, Grupo de Excelencia de Investigación CEMA, Universidad de Zaragoza, 2012 y Coulon, Damien, “La Corona de Aragón y los mercados lejanos mediterráneos (siglos XII-XV)”, Sesma Muñoz, J. Ángel (coord.), *La Corona de Aragón en el centro de su historia, 1208-1458*, Zaragoza, Grupo de Excelencia de Investigación CEMA, Universidad de Zaragoza, 2012.

⁷¹ *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo...*, op. cit., p. 17

⁷² *Ibidem*, p. 17

⁷³ *Ibidem*, pp. 13

a sus propias posibilidades y actúan con un sentido práctico; asimismo, mirarán hacia Oriente siempre en función de este programa y, por lo tanto, no formularán, con excepción de Jaime II, una política oriental propia, limitándose su relación con los países del Levante a mantener vivos aquellos contactos que pueden ser útiles a la política, a la economía o a los intereses de la actividad aragonesa en Occidente.

A primera vista, la expansión aragonesa en el Mediterráneo nos puede parecer fragmentaria, como si sólo fuese fruto de coyunturas concretas y no de una planificación previa. Sin embargo, la política mediterránea de la Corona de Aragón tiende, inicialmente, a consolidar su poderío militar y a definir, luego, su esfera de influencia. En un primer momento, Aragón sigue una política gibelina que tiende a reemplazar al imperialismo francés: lucha contra los Anjou y por la ocupación de Sicilia; para, en un segundo estadio, adoptar una política güelfa que pasa por eliminar del Mediterráneo occidental la competencia genovesa y pisana a través de la conquista de Cerdeña.

Al margen del valor político, la incorporación del reino de Sicilia a la órbita aragonesa tenía un importantísimo significado económico que pasaba por el control mercantil del Mediterráneo occidental y central y la apertura del comercio a los mercados y rutas del Mediterráneo oriental, hasta entonces monopolizado por los mercaderes genoveses y venecianos. Asimismo, la intervención aragonesa y los posteriores acontecimientos en que derivó proporcionó a la Corona de Aragón un segundo y tercer escenario de expansión: Cerdeña y los Ducados de Atenas y Neopatria.

La investidura de Córcega-Cerdeña, tal y como hemos apuntado en el desarrollo del trabajo, fue consecuencia directa de la guerra que enfrentó a la Corona de Aragón contra Francia, Nápoles y el Papado por el control de Sicilia. Después de fallidos intentos de negociación, por fin el tratado de Anagni parecía dar una primera salida al conflicto siciliano, incluyendo una cláusula secreta por la que se compensaba a Aragón con el *Regnum Sardiniae et Corsicae* una vez hubiera abandonado la isla. A partir de ahora, se producía un «desplazamiento del centro gravitacional de Sicilia a Cerdeña, produciéndose un proceso de occidentalización, por el que Aragón circunscribía al Mediterráneo occidental las ambiciones de su predominio político»⁷⁴. Sicilia, todavía

⁷⁴ *Ibidem*, p. 59

vinculada a Aragón, pero esta vez a una rama derivada encabezada por Federico III, pasará a ser únicamente uno de los vértices del área de expansión aragonesa.

Finalmente, como epílogo a la cuestión siciliana y consecuencia directa de los acuerdos de Caltabellota, en 1303 se produjo el envío de los almogávares al Imperio Bizantino al mando de Roger de Flor. Ante la imposibilidad de vivir sin efectuar actos de saqueo, y consciente las autoridades sicilianas del peligro latente que suponía tener una tropa de mercenarios inactiva en la isla, se decide buscar un nuevo destino en donde establecer a los almogávares, aceptando la petición de auxilio del emperador bizantino Andrónico II que necesitaba de efectivos para protegerse de sus múltiples enemigos, sobre todo, de la amenaza turca. La intervención de este cuerpo de mercenarios brindará a la Corona de Aragón la adquisición de sus territorios más orientales: Atenas y Neopatria.

De otro lado, la intervención de Aragón tras las Vísperas Sicilianas también trajo importantes repercusiones a nivel interno. A la excomunión y privación del reino que sufrió Pedro III por parte del Papa Martín IV, y a la invasión francesa de 1285, le tenemos que sumar el elevado coste en la política interna que conllevó la expansión mediterránea. La salida al Mediterráneo limitará todavía más las expectativas de expansión de la nobleza aragonesa, al perder su interés en beneficio de la catalana, lo que derivará en fuertes conflictos que tienen en 1283 su fecha de origen.⁷⁵

A la altura de 1283, los aragoneses se mostraron muy descontentos y dolidos con la política autoritaria de su monarca: ni había convocado Cortes ni había pedido consejo a sus súbditos sobre la empresa que estaba realizando en el Mediterráneo. Asimismo, molestos por su inclinación a favorecer los intereses de la burguesía y nobleza catalanas y viendo en la cuestión siciliana únicamente intereses dinásticos y ningún beneficio para Aragón, no perdonaban al rey haber relegado a su principal reino patrimonial a un lugar secundario de su política internacional. Por todo ello crearon la Unión aragonesa que, formada por representantes de la nobleza y de las principales ciudades y villas del reino de Aragón, incluida Zaragoza, tenía como finalidad servir de contrapeso al poder regio para que no se volviera a repetir la acción unilateral del monarca y que había llevado al

⁷⁵ González Antón, Luis, *Las Uniones aragonesas y las Cortes del Reino (1283-1301)*, Vol. 1, Zaragoza, CSIC, 1975, pp. 41-53 y 52-68

reino a sufrir la excomunión, el entredicho y la invasión francesa. Igualmente, se exigía del rey la convocatoria anual de Cortes y la confirmación de una serie de privilegios, fueros, derechos y libertades que dieron lugar al denominado Privilegio General de 1283⁷⁶.

El resultado de todo ello fue la limitación de la potestad real a favor de un mayor poder de decisión de los grupos de la nobleza, el clero y las ciudades, mediante una convocatoria periódica de las Cortes -que, sin embargo, no se llegaría a cumplir-, la renuncia a la imposición de tributos, la aceptación de la jurisdicción señorial en los territorios correspondientes, la aprobación por las Cortes de las constituciones promulgadas por el rey y la interposición de la figura del Justicia de Aragón entre los aragoneses de realengo y señorío laico y el monarca.⁷⁷

Sin embargo, las reivindicaciones de los unionistas no acabaron aquí y, en 1287, aprovechando la oportunidad que la presión de la guerra exterior ejercía sobre Alfonso III, lograron arrancarle el Privilegio de la Unión⁷⁸, un texto que se alejaba del Privilegio General al reclamar y exigir una serie de imposiciones que únicamente favorecían al estamento nobiliario, perjudicaba al resto del reino y mermaba considerablemente las atribuciones del monarca que, no obstante, ante las necesidades de la guerra se vio obligado a respetar. Si el Privilegio General había permitido iniciar el desarrollo del “constitucionalismo” aragonés y beneficiaba la participación de los estamentos en la política del reino, éste de 1287 no era más que un paso atrás y una rémora para las relaciones entre la monarquía y los representantes estamentales. Sin embargo, una vez que Alfonso III se encontró liberado de la presión exterior, logró ratificar los privilegios otorgados por su padre en 1283 y no aquellos que se vio forzado a conceder en 1287. A pesar de todo, en 1301, Jaime II se volvió a enfrentar a las presiones de los unionistas⁷⁹, convirtiéndose en un problema endémico del reino que no se resolvería hasta la victoria final de Pedro IV el Ceremonioso en la batalla de Épila de 1348.

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 76-87

⁷⁷ En relación a la figura del Justicia de Aragón, ver *Las Uniones aragonesas y las Cortes del Reino (1283-1301)...*, *op. cit.*, pp. 508-521

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 201-215

⁷⁹ Respecto a los conflictos entre Jaime II y la Unión, ver *Las Uniones aragonesas y las Cortes del Reino (1283-1301)...*, *op. cit.*, pp. 299-305 y 305-333

Por último, en el trabajo hemos podido demostrar la participación activa de la Casa de Luna en las campañas militares en Sicilia (1282-1283 y 1298-1299), su estrecha colaboración con el monarca en la preparación de la armada, sus servicios como embajadores y su aporte económico en la financiación de las empresas de ultramar. Su intervención nos sirve de antesala al estudio de otras casas nobiliarias, debido a que normalmente estos linajes principales arrastraban a miembros de casas nobles menores -al igual que a un nutrido número de hombres de tropa- lo que nos haría multiplicar el aporte aragonés en las expediciones.

Asimismo, el escaso periodo de tiempo que pasaron en Sicilia sus miembros más importantes nos hace preguntarnos el alcance real de la intervención, es decir, si simplemente fue un soporte puntual al monarca o si tenían intención de dar un paso hacia adelante y crear algún tipo de vínculo político o comercial con los dominios mediterráneos de la Corona. Del mismo modo, todo parece indicar que tanto Pedro III como sus sucesores fueron cautos en conceder feudos en Sicilia, lo que podría explicar la breve estancia de estos grupos nobiliarios y la participación de miembros secundarios dentro del linaje principal.

Por todo lo expuesto, por todas las repercusiones a nivel interno y externo que tuvo la intervención aragonesa en Sicilia, el fenómeno de las Vísperas Sicilianas se aleja de su tradicional estudio como problema local para convertirse en uno de los principales hitos en la Historia de la Corona de Aragón; una Corona de Aragón que abandona su faceta peninsular, madura como Estado y se erige como nueva potencia del Mediterráneo.

3. Selección Bibliográfica:

AMARI, Michele, *La guerra del Vespro Siciliano*, Palermo, Flaccovio Editore, 1969

BORGHESE, Gian Luca, *Carlo I d'Angiò e il Mediterraneo: politica, diplomazia e commercio internazionale prima dei Vespri*, Rome, Éccole fran-caise de Rome, 2008

CINGOLANI, Stefano Maria, *Historiografía, propaganda i comunicació al segle XIII. Bernat Desclot i les dues redaccions de la seva Crònica*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2006

CORRAO, Pietro, *Il nodo mediterraneo: Corona d'Aragona e Sicilia nella politica di Bonifacio VIII*, in *Bonifacio VIII* (Atti del XXXIX Convegno storico internazionale, Todi, 13-16 ottobre 2002), Spoleto 2003, pp. 145-170

- *L'aristocrazia militare del primo Trecento: fra dominio e politica, in Federico III d'Aragona, re di Sicilia (1296-1337)*, “Archivio Storico Siciliano”, s. IV, XXIII (1997), pp. 81-108

GEANAKOPLOS, Deno J., L'imperatore Michele Paleologo e l'Occidente, 1258-1282, Palermo, 1985

GIUNTA, Francisco, *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*, Barcelona, Editorial Ariel, 1989

GONZÁLEZ ANTÓN, Luis, *Las Uniones aragonesas y las Cortes del Reino (1283-1301)*, Vol. 1, Zaragoza, CSIC, 1975.

LALINDE ABADÍA, Jesús, *La Corona de Aragón en el mediterráneo medieval (1229-1479)*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 1979

- *Las instituciones de la Corona de Aragón en el Mediterráneo del “Vespro”:* (1276-1337), Palermo, Accademia di Scienze Lettere e Arti, 1984

MARZAL GARCÍA-QUISMONDO, Miguel, *Proyección de las Vísperas Sicilianas en la política peninsular española (1282-1291)*, Vol. 1-3, Madrid, 1992.

MOXÓ Y MONTOLIU, Francisco de, *La casa de Luna (1276-1348): factor político y lazos de sangre en la ascensión de un linaje aragonés*, Aschendorffsche verlagsbuchhandlung, Münster, 1990.

– *Miscellanea de Luna*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2004

MUNTANER, Ramón, *Crónica catalana de Ramón Muntaner: texto original y traducción castellana, acompañada de numerosas notas por Antonio de Bofarull*, Barcelona, Imprenta de Jaime Jesús, 1860.

RUNCIMAN, STEVEN, *Vísperas Sicilianas: Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*, Madrid, Alianza, 1979

SOLDEVILA, Ferran, *El desafiament de Pere el Gran amb Carles d'Anjou*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1960

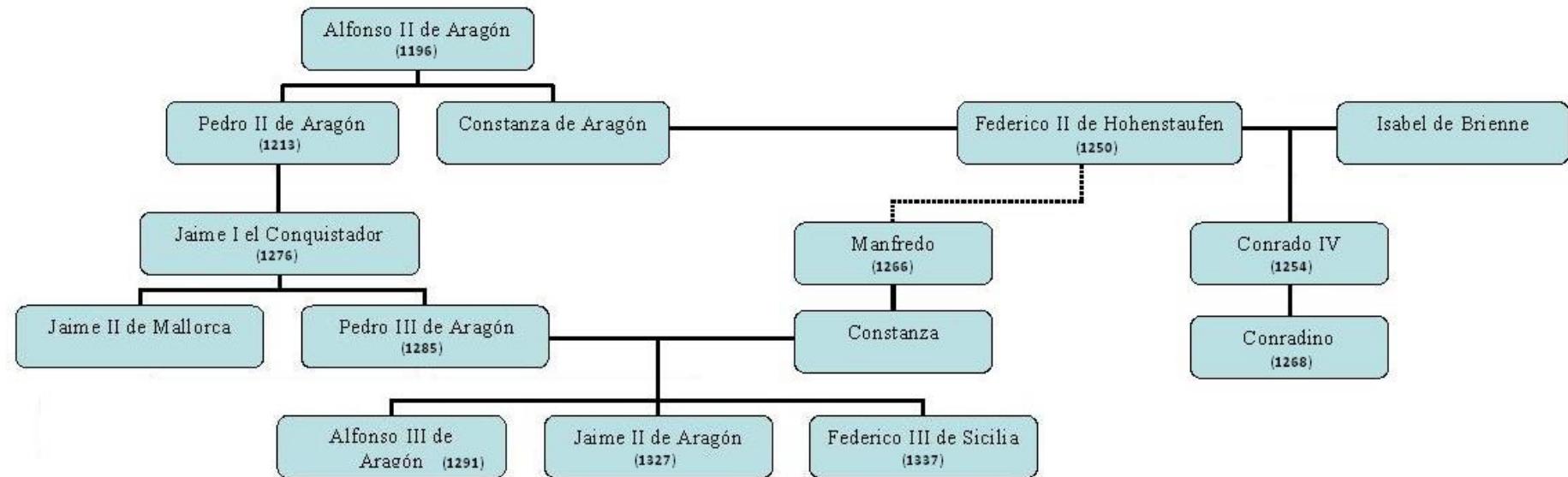
– *Jaume I, Pere el Gran*, Barcelona, Vicens-Vives, 1965

SOROA Y PINEDA, Manuel, *Historia del reinado de Don Pedro III el Grande de Aragón y de los orígenes de la penetración aragonesa en Italia*, Zaragoza, El Justicia de Aragón, 2000

WIERUSKOWSKI, Helena, *Conjuraciones y alianzas políticas del rey Pedro de Aragón contra Carlos de Anjou antes de las Vísperas Sicilianas*, Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo 107 (1935), pp. 547-602.

ZURITA, Jerónimo, *Anales de la Corona de Aragón* (ed. Ángel Canellas), Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 1973.

ANEXO I: Relación dinástica entre la Casa de Aragón y la Dinastía Hohenstaufen (siglo XIII)



Fuente: elaboración propia

**ANEXO II: Principales campañas de la Corona de Aragón en Nápoles-Sicilia
(1282-1302)**



Fuente: elaboración propia

ANEXO III: Expedición a Sicilia 1298-1299

	<i>Cuadernillo Seo de Zaragoza (A. Canellas)</i>	<i>Libro de Tesorería P. Boyl (ACA) (G. Hurtebise)</i>	
	<i>2 de abril de 1302</i>	<i>Abril-mayo de 1302</i>	<i>7 de enero de 1303</i>
<i>Lope Sánchez de Luna</i> (Sr. Embún)	<i>Compañía</i> (255) (257) 22.947 ss. 3 d. jac. (var. conceptos) (253) 800 ss. jac.	640 ss. barc. (pág. 37) (sólo Sicilia)	640 ss. barc. (pág. 150) 22.906 ss. jac. (var.)
Juan López de Luna		—	—
<i>Fernán López de Luna</i>	<i>Compañía</i> (214) (216) 2.775 ss. jac.	580 ss. barc. (pág. 41)	588 ss. barc. (pág. 152) 2.785 ss. jac.
Pedro Martínez de Luna	(217) 803 ss. 6 d. jac.	—	—
Lope Martínez de Luna	(215) 746 ss. 8 d. jac.	—	—
<i>Pedro López de Luna</i>	<i>Compañía</i> (197) (168) 1.858 ss. 10 d. jac.	184 ss. barc. (pág. 41)	
<i>Juan Martínez de Luna</i>	<i>Compañía</i> (195) (196) (199) (308) 10.064 ss. 6 d. jac. (var. conceptos) (164) 1.994 ss. 4 d. jac.	540 ss. barc. (pág. 40) (sólo Sicilia) 144 ss. barc. (pág. 40)	540 ss. barc. (pág. 152) 9.564 ss. jac. 172 ss. barc. (pág. 155) 1.994 ss. jac. (varios conceptos)
García Sánchez de Luna	En compañía de P.º de Ahones (146) 640 ss. jac.	—	—
Lope López de Luna	Le debe F. de Riusech parte de 1.074 ss. jac. (555)	88 ss. barc. (pág. 40) (sólo Sicilia)	88 ss. barc. (pág. 156) (le debe su procurador F. de Riusech)

Fuente: Moxó y Montoliu, Francisco de, La casa de Luna (1276-1348): factor político y lazos de sangre en la ascensión de un linaje aragonés, Aschendorffsche verlagsbuchhandlung, Münster, 1990, p. 227

Las Vísperas Sicilianas. La llave del Mediterráneo